

# Llego y te Cuento

Concurso de escritura.  
Experiencias de ingreso a la universidad.



**PROGRESA**  
Tu proyecto, tu universidad



**UNIVERSIDAD  
DE LA REPÚBLICA  
URUGUAY**

Prorectorado  
de Enseñanza

Llego y te Cuento

Publicado en abril 2026

ISBN: 978-9974-0-2362-8

Diseño, impresión y encuadernación: Mastergraf

Depósito legal:XXXXX

Corrección de estilo: Estudiantes de la Tecnicatura  
Universitaria de Corrección de Estilo de la Universidad  
de la República

Apoyo en la edición y la coordinación: Gerónimo Olmandos,  
Caroline Trevisan, Matías Núñez, Eugenia Bové

© Las y los autores, 2025

© Universidad de la República, 2026

Licencia Creative Commons

Atribución - No Comercial - Sin Derivadas (CC-By-NC-ND 4.0)

# ÍNDICE

## 7/ INTRODUCCIÓN

---

## 11/ NARRATIVA

### 13/ CÓMO PERDÍ LA FACULTAD DE HACER REÍR

Facundo Galarrraga  
FACULTAD DE INGENIERÍA

### 19/ NO TODAS LAS JAULAS SON DE FARADAY

Inti Antuña  
FACULTAD DE CIENCIAS

### 23/ LA UNIVERSIDAD DE LOS SUEÑOS Y UN TÉ

Agustina de León  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

### 29/ LUCÍA PENA

Augusto Rosa  
FACULTAD DE INGENIERÍA

### 33/ VIVIR EN TIEMPOS DE PROTOCOLO

María Pía del Valle  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

### 38/ NO COMO EN LAS PELÍCULAS

Clara Muse  
FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

### 44/ LOS CARPINCHOS DE LA INGENIERÍA

Sebastián García  
FACULTAD DE INGENIERÍA

### 51/ MI HISTORIA

Ricardo Silvera  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

- 54/ DEVENIR**  
Lucía Monteiro  
FACULTAD DE CIENCIAS
- 59/ EL TÍTULO QUE ESTOY ESPERANDO**  
Tobías Rodríguez Albera  
FACULTAD DE CIENCIAS
- 65/ OH, MINGONG**  
Julieta Martínez  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
- 70/ NO LLEGARON, PERO ME TRAJERON**  
Ana Sofía Ribero  
FACULTAD DE MEDICINA
- 76/ DE LA SIERRA A LA FACULTAD**  
Niver González  
FACULTAD DE ENFERMERÍA
- 82/ CRÓNICAS DEL ALGORITMO DE LAS MILANESAS**  
Cristian Alen  
FACULTAD DE INGENIERÍA
- 86/ TERMINAL**  
Sofía Pilone  
FACULTAD DE CIENCIAS
- 92/ LOLITA**  
Lorena Rosas  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
- 95/ UN LEGADO**  
Inés Silva  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
- 98/ LOS PRIMEROS SONIDOS**  
Talíne Pontes  
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO

---

## 107/ POESÍA

- 109/ LA LLUVIA QUE YA NO MOJA**  
Sabrina Hernandez  
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO
- 110/ MI MADRE NO ENTIENDE**  
Clara Muse  
FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN
- 112/ DE VUELTA**  
Martina García  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
- 114/ ENTRE PAÑALES Y APUNTES**  
Giuliana Ferreira  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
- 116/ MAPA SIN ESCALA**  
Penélope Rubido  
FACULTAD DE VETERINARIA
- 118/ INVISIBLE**  
Renata Renee  
FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN
- 119/ SOLITARIA AUTOGESTIÓN**  
Mauro Mattos  
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y ADMINISTRACIÓN
- 120/ VERSOS DE UN FORASTERO**  
Fiorella Martino  
FACULTAD DE MEDICINA
- 122/ MORFEO**  
Abril López  
FACULTAD DE ARTES

- 125/ LOS QUE SALDRÁN**  
Gabriel García Berriel  
FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN
- 126/ TENGO 20 AÑOS**  
Priscila Morán  
FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN
- 127/ RECALENTAR**  
Marcela de Andrea  
FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO
- 

## **133/ RELATO GRÁFICO**

- 134/ PASAJERO CLANDESTINO**  
Sofía Peti  
FACULTAD DE ENFERMERÍA
- 144/ MONTEVIDEANDO**  
Romina Membredes  
FACULTAD DE INGENIERÍA
- 149/ EN MI CASO**  
Santiago Corvacho  
FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN
- 160/ LA HUELLA**  
Facundo Chollet  
FACULTAD DE DERECHO

# INTRODUCCIÓN

Las obras que siguen son el resultado de mucho trabajo. Trabajo de imaginar formas de habitar los espacios que queremos, de cobijar las maneras en que otras y otros puedan hacerlo, de generar(nos) lugares por donde cultivar lo que amamos allá donde estemos. Y ese trabajo, esa energía creativa dispuesta para transformar el mundo, replicó en muchos lugares, de los que aquí compartimos una muestra.

Llego y te Cuento es un concurso de escritura creativa que promueve la escritura como estímulo para la imaginación, la creación y la reflexión, así como fortalecer el vínculo de las y los estudiantes con la vida universitaria. Desde esos mismos procesos, la convocatoria busca acompañar las trayectorias estudiantiles mediante la resignificación y socialización de las experiencias de ingreso. Busca que las experiencias en la universidad, que no son más que la universidad misma, sean atravesadas por la imaginación y la creatividad, que sean expandidas para contener las formas de dar sentido de quienes habitan esta comunidad, más rica cuanto más heterogénea. Este concurso busca nuevas metáforas.

Sabemos también, y eso nos impulsa, que el vínculo que tenemos con la escritura y la lectura, recreativo y por placer, permite que nuestra integración en esta comunidad letrada tan específica que es la universitaria se haga con más fortalezas y capacidad de apropiación. Escribir creativamente es también reforzar trayectorias académicas necesarias.

Este concurso mantuvo su convocatoria abierta entre marzo y mayo de 2025, tiempo en el cual realizamos diferentes talleres

de escritura creativa.<sup>1</sup> Queríamos acercar una invitación a escribir, pero también una posibilidad de encuentro y trabajo compartido. Una posibilidad de practicar la creatividad. Estos talleres tuvieron buena respuesta de parte de la comunidad estudiantil. Estudiantes de ingreso, estudiantes avanzadas, estudiantes inactivas se acercaron a los efímeros espacios de aula que propusimos. Y fue un gran anuncio de lo que vendría: 199 estudiantes presentaron obras al concurso. 193 obras fueron habilitadas para concursar en tres categorías (narrativa, poesía y relato gráfico) y evaluadas por un jurado de lujo.<sup>2</sup>

Estas obras nos trajeron universos nuevos. Algunos que nos permitían resignificar nuestras propias trayectorias, pensando

- 1 Durante los dos meses y medio en que estuvo abierta la convocatoria a obras, se realizaron diez talleres de escritura creativa de los que participaron 88 estudiantes. Estos talleres se desarrollaron en Facultad de Psicología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Facultad de Información y Comunicación, Facultad de Ciencias Económicas y Administración, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Campus Luisi Janicki, Centro Universitario Regional Este, Comunidad Educativa de la Unidad de Internación de Personas Privadas de Libertad N.º 5; hubo un taller virtual y uno en el Espacio Colabora (Municipio B).
- 2 Los jurados estuvieron integrados por representantes de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, docentes con trayectorias y prácticas artísticas vinculadas a las categorías y docentes vinculados al equipo organizador. La conformación del jurado en cada categoría fue la siguiente: Henry Trujillo, Guadalupe Barros y Matías Núñez (narrativa); Mariana Lucía, Tierra Mazo y Fernanda Olivar (poesía), Francisco Mattos, Sabrina Méndez y Gastón Duffour (relato gráfico).

en la vida migrante, en quienes somos primera generación de universitarias, en quienes sentimos caminar a nuestro lado a generaciones previas. Otras voces trajeron universos nuevos: el ingreso a la universidad dentro de una cárcel, el recorrido diario de un boleto, las aulas leídas desde el color de la piel, la complicidad que salva en un mundo agobiante.

Las obras que siguen, ganadoras y mencionadas por el jurado de cada una de las tres categorías, nos inspiran para seguir pensando la universidad, revalorizar la escritura en la universidad como espacio posible para tomar la palabra y la importancia de seguir generando espacios donde jugar, crear y experimentar, no como accesorio, sino como sostén. Reciban la invitación a leer a estas y estos estudiantes, así como a no perderse de las próximas actividades.

El concurso Llego y te Cuento es organizado por el Programa de Respaldo al Aprendizaje, del Prorectorado de Enseñanza de la Universidad de la República. El equipo responsable del concurso estuvo integrado por docentes de dicho programa, del Programa de Lectura y Escritura Académica, tanto del equipo de estudiantes como de docentes, y por estudiantes de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay. A su vez, contamos con el apoyo del Área de Cultura del Servicio Central de Inclusión y Bienestar Universitario y del Área de Estudios Editoriales de Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.



**NARRATIVA**

LLEGO Y TE CUENTO



# CÓMO PERDÍ LA FACULTAD DE HACER REÍR

1.ER PREMIO

Facundo Galarrraga

FACULTAD DE INGENIERÍA

*La puesta en escena es simple. Un micrófono de pie sobre el escenario, junto a un taburete alto, con una botella de agua encima. Debe haber una alfombra, también, a la vista de los espectadores. Estos arreglos se harán con los espectadores ya sentados. No hay código de vestimenta, no hay ajuste de iluminación. Quizá, de fondo, se escucha algo de música de ambiente, pero a un volumen leve, y solo al principio de la obra, difuminándose por completo con el comienzo del relato.*

*(Entro en escena y camino hasta quedar frente al micrófono.) Buenas noches y gracias por el silencio. Siempre digo yo que es absurdo aplaudir antes de la función. (Juan, entre la audiencia, comienza a aplaudir, pero veo que nadie lo sigue.) ¿Ven lo ridículos que quedan? (Lo señalo con la mano abierta.)*

Quiero empezar haciéndoles yo una pregunta a ustedes, ¿dale? ¿Cuántos acá terminaron el liceo, la secundaria? Levanten la mano (*espero hasta que terminen de mentir*). Bien, bien, me esperaba bastante menos, la verdad, pero el chiste me va a salir igual, no se preocupen. Ahora dejen la mano levantada solo los

que se recibieron, los que terminaron la facultad. Ah, ¿vieron que no eran tan capos? Habrán notado que yo tampoco levanté la mano, bah, el brazo, porque por algo me ven laburando acá, ¿no? (*Aprieto los ojos, derrotado, con una sonrisa dibujada en la cara.*)

No, fuera de joda, sí terminé el liceo y tuve mi pie en la vida facultativa. Corta, pero puedo jurarles que muy real. No es una etapa de la que me guste hablar —punto—, pero bien que lo hablo todas las semanas con un sorete que me cobra mil quinientos mangos la consulta. Pero el grandísimo hijo de puta se tomó licencia, y yo justo ligué este laburito, así que me van a aguantar hoy un rato, ¿ta?

Antes que nada, entonces, les hago un pequeño recap. Para los que no fueron al liceo, *recap* es «resumen». Les hago un «no vi el episodio anterior, se me murió la abuela, ¿qué querés, que esté mirando *Paw Patrol* en el velorio? No da, me parece», pero en este caso no miraron ningún episodio y estamos por la tercera temporada, más o menos. Es probable que el pequeño recap les produzca deseos homicidas hacia mi persona, pero si lo van a hacer, me avisan y vamos para afuera; un toque, que el dueño me está mirando hace rato de que no le manche la alfombra esta de mierda (*miro la alfombra, riéndome*). (*Pauso.*) Yo era el típico que le encantaba ir al liceo. No faltaba ni un día de paro y genuinamente disfrutaba estar ocho horas adentro de un edificio, con la cabeza dándome como bombo (*digo rítmicamente, rotando la muñeca derecha como manija cerca de mi cabeza*), todo el día escuchando pelotudeces que inventó un tarado para complicarse la vida y que ahora es la base de todo lo que sabemos. Me encantaba. Me fascinaba todo. (*Pauso.*) Con esa mentalidad fue que entré al

mundo de la educación terciaria. Un poco optimista, pero no un sentimiento que fuera a durar mucho, tampoco.

Algo con lo que mi madre, aún hasta el día de hoy, me sigue jodiendo es un mensaje que mandé al grupo de familia el día que arranqué la facultad. De ingeniería, por cierto. Toda esa semana se pueden imaginar las ganas que tenía de (*agrandando los ojos, levanto las manos abiertas y las muevo*), por fin, arrancar. Y cuando llegó el día, después de haber pasado la mañana entera en el baño —sí, los nervios me pegan mal—, tuve mi primera clase, y le mando a mamá una foto, y le pongo (*agarro el celular y hago que escribo, pausadamente*): «Recién tuve cálculo». (*Espero.*) «Fue hermoso» (*pausado*). (*Juan se ríe exageradamente.*) (*Pauso.*) ¡Tenemos a mi madre, acá, con nosotros! (*Lo señalo, de nuevo.*)

Poco iba a saber que, en unos días, el mensaje cambiaría a: «No entendí nada» (*pausado, también, entrecerrando los ojos*). «Preciso profe particular.»

Recuerdo que, hace unos años, antes de todo esto, estaba con una amiga gringa, de Texas, cerca del parque Rodó, y le señalé la facultad y le dije que ahí iba a estudiar en un futuro. Pobre, seguro pensó que la estaba jodiendo: vio una caja de cartón enorme, en vez de un rascacielos con carteles publicitarios, y no entendió qué estaba mirando. Le dije que era la Facultad de Ingeniería y viendo la cara que puso le pedí que me diera una palabra con la que describiría el edificio. (*Pauso.*) «Bleak», me dijo (*pauso, por un buen rato*). No, si estaban esperando que se las tradujera, sigan esperando nomás. Cuando me dijo eso, me reí y pretendí que sabía qué significaba. No tengo idea qué es eso, me comunico con ella a base de señas, de inglés, nada. Pero ya

en casa, busqué en internet (*miro el celular y abro la otra mano, semiextendida hacia el público, para que paren el cotorreo*); dejen que les leo las múltiples definiciones (*me aclaro la voz y comienzo a hablar, pausadamente*): «inhóspito», «lúgubre», «sin encanto», «desesperanzado»... Dale, dejá que me rajo un tiro (*me interrumpo*).

Posta, igual, por dentro es relinda (*en serio*). (*Me río.*) ¿Qué era, ese amigo con la novia espantosa? Pasa que es bien de ingeniero. Lo que importa es que sea práctico, no estético. Que tenga techo y pared. Asientos es un lujo. ¿Ventilación? Tas loco. Por lo menos, frío no pasás nunca. El clima oscila entre olor a tuje, cuando tenés clase en un salón del que salieron los de computación, y pensamientos suicidas, pero siempre rodeado de un calor corporal no sentido desde la época victoriana.

Y hablando de pensamientos suicidas les cuento algo que me encantaba hacer en el trayecto de ida a la facultad, a la FING. Como pasaba siempre por el costado del parque, iba oliendo el pasto, ¿no? Escuchaba a los pájaros, veía gente en bici, niños jugando y podía ir eligiendo de cuál de todos los árboles me iba a terminar colgando.

Cambiando totalmente de tema, otra cosa que me pasó cuando entré a la facu fue que hablaban de una página que se llamaba *misprofesores.com*. Nunca le di mucha bola, porque pensé que sería tipo un, no sé, un LinkedIn, algo así, con información profesional de los profes, yo qué sé, como para chusmear. Pero no, resulta que es tipo un Tinder para profes y alumnos. Entrás, buscás al profe por nombre y podés dejarle comentarios tipo «hoy estabas relindo», «vi que tenías el cierre abierto» o «si así está el conejo cómo estará la zanahoria», todo ese tipo de cosas. Y ahí

ves si hay match o no hay match. O ves si te ponen una perimetral, también. La verdad es una reidea (*convencidísimo*).

(*Agarro la botella de agua. La destapo, tomo y la vuelvo a tapar. La dejo donde estaba.*)

Pah, me refui de tema, perdón. No es como que estén rean-siosos por saber por qué o cómo dejé la carrera —espóiler: usé la carta del *Monopoly* para salir gratis—, pero van a pensar que no puedo ni escribir un guion de stand up mínimamente organizado. No sé si alguno de acá sea ingeniero. De la Udelar, digo, porque por la ORT cualquiera; pagás un riñón y querés, todavía, quemarte la cabeza. (*Mirando hacia abajo, casi hablando para adentro.*) Fah, callate que yo tengo un riñón solo y ningún título.

Pero, bueno, es sabido que es una facultad jodida. Desde que entrás, te están recordando por dónde te podés ir. Literalmente. Es como que está todo oscuro adentro y la salida está llena de luz, de aire fresco. Como que te invita a irte y no volver. Y, obvio, ayuda que te pongan talleres en el primer semestre y salgas a las nueve de la noche; que te manden tareas, cosa de no salir de tu casa, tampoco; y cuando vayas a clase no puedas ni socializar porque el profesor va como pedo. Y ni se te ocurra hacer una pregunta, que te miran como si fueras inútil.

La primera interacción que tuve con una persona que no fuera la vieja de bedelía, que me ladró, fue en la puerta, entrando a Física, cuando una mina va y me pregunta si soy «familiar del profe, porque me reparecía» (*digo esto último lentamente*). Algo le pegó, por lo menos, porque se llama igual que yo, pero ese no es el punto. ¿Entienden que ahora ya no es solo que estoy estresado por la facultad, o que me preocupa mi vida social,

o que no salgo de casa, ni es el hecho de que atravieso setecientos estados mentales por día? Ahora, encima de todo eso, resulta que tengo la misma cara y me reparezco al conejo y la zanahoria con el que hice match.

# NO TODAS LAS JAULAS SON DE FARADAY

2.º PREMIO

Inti Antuña

FACULTAD DE CIENCIAS

Me parecía raro que los profesores tuvieran cuerpo físico, que el viejo de Álgebra midiera dos metros y no estuviera acotado en veinte pulgadas. No había ningún padre ni madre gritando ni perros ladrando al fondo de los salones. ¡Había salones! Pizarrones, proyectores, pupitres vandalizados con penes enormes. Ya no podía desayunar un vaso de vino mientras el profesor de Física explicaba el funcionamiento de un micrófono de condensador a la vez que se le cortaba el audio. En los baños también estaban los penes enormes, números de teléfono, rollos gigantes de papel higiénico y faltaba mi gato.

Había estado confinado en un universo isla o en un lejano archipiélago y ahora tenía que volver a civilizarme. Pero no sé si realmente soy yo; ni quién es el que levanta la mano, el que se compra una medialuna en la cantina, al que le gasto plata en fotocopias y en boletos. Ni siquiera sé si soy yo el que entregó una tonelada de documentación para pedir la beca del Fondo o el que toma la sopa de verduras del comedor universitario.

Tengo en el escritorio unos lentes oscuros que me están mirando. Cada tanto desvío la vista de lo que estoy escribiendo para ver mi reflejo deforme en el policarbonato, o acetato, o quién sabe qué porquería. Estoy ahí, atrapado, mudo. La despersonalización y disforia se inmiscuyen hasta en el tiempo verbal que pretendía establecer. En el reflejo de los lentes también se ve la biblioteca que tengo atrás, destaca claramente la novela *Indigno de ser humano*, de Osamu Dazai. Mis medias son distintas.

Ya deslicé que voy a la facultad en bondi. Es raro. Subo. Me siento. El ruido del motor y las vibraciones borronan la escena, como cuando se prende un cigarrillo en una obra de teatro. El chofer va escuchando radio. *La propaganda de ese dulce de leche cremoso me tomó desprevenido*, y todo así. Qué tendrá que ver el dulce de leche con el destino de los pasajeros o sus conversaciones. Es absurdo. Las voces se entremezclan, hace calor. Aprovecho para invertir un par de matrices. Pareciera que voy hasta la última parada. Todo se repite al regresar.

El otro día me entró una llamada mientras estaba en clase. Corrí por la puerta del fondo del salón, sabiendo que no era ninguna urgencia. «Te llamo por la deuda que tenés con...». «Andá a cantarle a Gardel», le dije con otras palabras más apasionadas. «Que te recontra», me contestó. No lo tomé personal, también debe ser estudiante y me dio excusa para irme y no aparecer en varias semanas.

Cuando me digné a resurgir, más como urutaú que como fénix, nos pusieron una especie de desafío con una pregunta ambigua, de esas malas preguntas que se resuelven con pensamiento lateral. ¿Pensamiento lateral? Yo le llamaría pensamiento retaguardia.

No, tu solución no es inteligente, no es creativa y casi ni siquiera es un pensamiento. A menos que seas un budista y las tres libras de lino de tu respuesta deficiente tengan como recompensa el nirvana. Toda pregunta tiene un encuadre, hay textos y paratextos, es una habilidad social básica leerlos, ¿no?

¡Ah! Todavía no conté que vivo en una residencia estudiantil. Voy a mentir diciéndoles que tengo una heladera en el cuarto. Decidí tomar revancha contra la ley de enfriamiento de Newton. Dejo los congelados afuera de la heladera: arriba de los muebles, abajo de la cama, en el ropero. Se están descongelando los sorrentinos, se echan a perder los medallones de merluza, las verduritas quedan aguachentas, el helado es una sopa. Era lo que tenía para comer los fines de semana, porque cierra el comedor. No importa, por lo menos tengo espacio en la heladera, está vacía, puedo meterme adentro y quedarme ahí cuando lo necesite.

Pero la vida que vengo describiendo se termina. Mandé un correo a bedelía para ver si puedo bajarme de todas las materias. Espero que respondan en un tiempo prudencial. No es por la escolaridad, qué importa. Si no me borro, van a decir mi nombre cuando pasen lista en los parciales. Prefiero que desaparezcan los registros sobre mí, todos. Aunque hay algo que ahora me detiene con cierta gravedad.

Decidí omitir que, en los pocos días que fui a clase, me enamoré. No sé cómo se llama, no sé si es hombre o mujer, si es cis o trans, ni qué otras interseccionalidades le atraviesan (claro que tampoco sabría clasificarme a mí en esas categorías). Me interesa poco la carrera que estudia y jamás le escuché el tono de voz o le noté algún atractivo físico. ¿Cómo pude enamorarme

entonces? Cuando iba entrando a la biblioteca se interpusieron nuestras líneas de visión y me miró. Fue una mirada breve, casi nula e igualmente profunda como para alcanzarme allá en el abismo donde estaba. Por primera vez en tanto tiempo alguien me veía, sentí que era yo.

# LA UNIVERSIDAD DE LOS SUEÑOS Y UN TÉ

1.<sup>ERA</sup> MENCIÓN

Agustina de León

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

¡Sean bienvenidos, lectores, a mi fiesta del té! Adelante, tomen asiento donde gusten..., pero, por favor, ignoren la mitad de la mesa vacía, donde el humo baila sobre las tazas de té servidas. Esos asientos, aunque solitarios, están destinados a viajeros del tiempo: lectores que, en algún futuro, se sentarán con nosotros a oír este cuento. ¡Porque, naturalmente, esta es una historia que se contará una y otra vez!

No suelo presentarme, pero la situación lo requiere: soy el narrador. Tengo muchos otros títulos interesantes, claro, pero por cortesía al misterio —y otro poco a mi ego—, me limito a ser su anfitrión y cuentacuentos. Así que reúnanse. La cuchara no muerde. Bueno, no siempre. Y cuidado con la tetera: tiene mal carácter cuando hierve de más.

Ahora, silencio. Escuchen, porque lo que sigue es la historia de alguien sin nombre, sin mapa y, quizás, sueños que se le han perdido en el camino. Es un extranjero de este país maravilloso y absurdo; foráneo de esta mesa de dementes y amantes de los conejos blancos y gatos sonrientes. Es un personaje que anhela encontrar la fantasía donde dicen que no existe: en la realidad.

Hablemos, primero, de los inicios de este personaje. Venía de Artístico, de ver a los ganadores llevarse todo mientras él, el perdedor, se hacía cada vez más pequeño. ¿Por qué decirlo así? Verán... Este personaje tenía Teatro, pero nunca actuó. Tenía Danza, pero jamás bailó. Tenía Dibujo, pero nunca entregó una lámina. Tenía Música, pero lloraba porque veía el guion en la partitura, la partitura en la coreografía y la coreografía en el guion.

Siempre soñó con encontrarse cara a cara con la sonrisa del público, con moverse para escuchar sus aplausos o con recibir, al menos, alguna migaja de apreciación. Habría cambiado un ramo de estrellas recolectadas una a una por sí mismo por un lugar sobre el escenario. Sin embargo, le tocó abrir y cerrar el telón. Nunca hizo una reverencia al público; en cambio, le tocó ver —desde ese rincón oscuro, oculto bajo el escenario— la espalda de sus compañeros haciéndolo, sonrientes.

A él le tocó tomar fotografías.

Siempre detrás del lente, siempre detrás de algo o de alguien.

Siempre abriendo... y cerrando el telón.

Pero llegó el día en que saldría. Llegó el momento en que la vida, por fin, le permitiría soñar con otra cosa. *Soñar*. ¡Qué palabra tan maravillosa! ¡Tal es su inmensidad, despampanante en su gloria, que casi parece inalcanzable: un derecho para unos pocos! Nuestro personaje eligió el lápiz. Con su tabla de dibujo y una carpeta para las láminas, se fue a Bellas Artes.

«Nada de oscuridad —pensaba—, es mi turno.»

Sin embargo, un galpón abarrotado de gente con olor a sus-tancias y tres profesores con expresión de que la vida los había

abandonado estaban muy lejos de lo que aquel personaje anónimo había imaginado. «No importa, vos hacé lo tuyo», se dijo a sí mismo.

Pero ¿qué era lo suyo?

Su rostro empalidecía cada día más al enfrentarse a la hoja en blanco. Llegó el invierno, pero sus manos sudaban más que las de nadie al sostener el marcador. Sus láminas, día a día, contenían menos líneas. Entrega tras entrega, el personaje sentía que se hundía en algo profundo.

Los capilares de sus ojos estaban reventando bajo el océano en el que los colores con los que debía pintar las hojas lo ahogaban. Su mano se extendió queriendo hallar la de alguien más en ese galpón de artistas que se sintiera igual o que, simplemente, quisiera pararse a su lado. Pero en el fondo del océano es imposible hablar, así que su piel empezó a descascararse.

De repente, abrió los ojos. Estaba agachado, de frente a una plantita: un pequeño tallo con dos hojas, crecido en la tierra que se volvía barro cada vez que llovía en Bellas Artes. Todavía sentía el dolor por las olas arrastrándolo. El personaje anónimo rozó con los dedos una de las hojas y suspiró, porque, más allá de esa pequeña planta, ¿qué otra cosa se extendía hacia él? ¡Su sueño estaba muriendo! ¡Sus manos estaban podridas! ¡Pasaba inadvertido para los demás! Sus ausencias ya eran demasiadas como para que alguien lo reconociera. ¡Oh, pobre de él!

El aire que escapó de su boca al respirar tomó fuerza en el vuelo, en el breve instante que lo separaba de la plantita. Su aliento chocó vorazmente con las hojas y estas cayeron tan suave y silenciosamente que casi no pareció una muerte.

Así que tomemos una pausa. Levantemos nuestras tazas de té y brindemos por Aristófanes, comediógrafo griego que ahora nos observa desde el Olimpo y que, por no ser de esta época, se perdió uno de sus mayores éxitos, y si se le permite decir a este narrador, tal vez su única obra conocida por cualquier mortal.

¡Otro brindis por Sófocles! Alcemos nuestras tazas con solemnidad, recordando las tragedias que Sófocles nunca pudo escribir, ¡poeta clásico y autor de Edipo! Pobre de él, que los siglos le robaron sus versos perdidos, una lírica trágica sobre telones, sueños y tierra removida después de la lluvia, que le habría dado más glorias que sus siete obras conocidas.

No brindemos, sino dediquemos una reverencia a Shakespeare, como si su espíritu pasara entre nosotros, que de nada se perdió, pero cuyo legado se deslizó suavemente como una sombra silenciosa que trascendió nuestros cuerpos, viajando en manuscritos, cruzando imprentas y armándose una casita dentro de libros renacentistas, modernos y contemporáneos.

Démosle otra reverencia —un gesto más hondo de respeto— a Judith Shakespeare, la que escribió en el anonimato, porque en este cuento nos atrevemos a decir que Anónimo, quien dejó tantos poemas sin firmar, era, a menudo, una mujer. Con su pluma —como el agua que fluye después de la caída larga de una catarata—, creó mundos y personajes que viven y mueren en el papel. El trazo grácil de su tinta se establece en cada diálogo de un dramaturgo, en cada párrafo de un orador, en los sonetos de los poetas, en toda prosa y cada letra: la agonía de un personaje anónimo consumiéndose en el fuego abrasador de sus propias páginas.

Ahora, dejemos la taza de té en la mesa y retomemos.

Sin sueños, sin esa palabra abrupta, su camino continuó en la Facultad de Ciencias Sociales.

No más escenarios. No más colores. No más brillo ni estrellas que recolectar para armar ramos que regalar después, porque nuestro personaje anónimo ya había aprendido lo que ocurre cuando te expones demasiado a la luz: te quemas.

¿Y qué? ¿Así ha de terminar esta historia? No realmente.

Porque esta historia, queridos lectores, la seguirán contando ustedes.

Algunos llegamos hasta aquí con sueños prestados. Otros, con un mundo por descubrir. ¡Pero sueño esto, sueño aquello! ¿Quieren saber qué le pasó a nuestro personaje anónimo?

Sigue avanzando.

Es un nuevo ingreso, así que su historia no ha terminado. ¡Apenas podemos decir que ha empezado!

Puede que ahora mismo esté sentado en la biblioteca de la facultad, repasando con el marcador lo importante del texto —toda la página—, con los auriculares puestos y *Pajarito del amor* de fondo.

Para ese personaje anónimo que se había despedido de su corazón el día en que la plantita murió, esa coraza no puede resistir para toda la vida. Y yo, el narrador, me atreveré, contra toda deidad, a decirles por qué.

Todos tenemos un corazón. Puede parecer obvio, pero es un recordatorio, o incluso una revelación para este mundo que avanza tan rápido. Tú, mortal que lees ahora, tienes un corazón. Y él, que quizá no esté aquí, también lo tiene. Ella, que camina por la calle; aquel, que explica matemáticas a sus estudiantes; todos tenemos un corazón.

Si un mortal cree que está exento de esta palabra de cuatro letras, se equivoca; ese corazón en su pecho está naturalmente diseñado para amar y recibir amor. Sin esa pieza tan excéntrica, no solo no podríamos amar, sino tampoco ser amados. ¿Y quién no moriría cada día un poquitito más de no ser amado?

Llegamos a este mundo desnudos, con la mente vacía, pero con un corazón. Nacemos solo pudiendo amar. Los psicólogos, neurólogos, analistas y científicos de todo tipo podrán discutir cuanto quieran, pero hay una verdad inquebrantable: el amor es indudablemente con lo que el mortal nace y muere. El mortal, de quien tanto este narrador habla, es amor. Así que deja de buscar en otras partes, porque la única persona especial con la que saldrás al mundo o te quedarás un domingo en casa mientras el sol te acaricia o molesta en la cara serás tú con ese *tictac* en el pecho. Agujas de relojes, telas parchadas, composiciones y armonías se unen en la orquesta que este narrador dejó en blanco, para que, ustedes, mortales, puedan dibujar las notas que prefieran. Porque el amor, para quien lo siente, el corazón lo canta distinto.

Y ojalá, lector, que el amor, para ti, suene como la canción más hermosa de este mundo.

# LUCÍA PENA

2.ª MENCIÓN

Augusto Rosa

FACULTAD DE INGENIERÍA

—Mañana pedite un masaje exclusivamente del tobillo para abajo si querés —dijo mi padre estirando su cuerpo entero en cien direcciones.

—A eso me refiero, lo tendrías que hacer porque me gusta a mí —respondió mi madre, contrariada.

—¡No te voy a tocar los pies!

—¿Por? Si son lindos mis pies.

—Porque no me gusta; no me gustan los pies en general, no me gustan mis pies —dijo retomando su postura.

—No, pero los tuyos... están fuleros.

Ambos rieron mientras por la puerta entraba el tío Ricardo; así como los abogados tienen un aspecto lujurioso en su vida y en sus camas, él era enteramente contrabandista, alto y gordo, con la barba afeitada en candado, apodado el *Rengo*; hijo de una familia adinerada de la que no quedó nada, anunciaba su llegada a cuerdas de distancia por el volumen de su música, que no dejaba de sonar ni aunque él bajara del auto. Nunca en mi vida vi su auto apagado y nunca en su vida, en su corta vida, me dirigió la palabra. Delante de él, como siempre, entraba mi tía Isabel, una persona anodina que dedicó su vida a tapar cagadas

y a aguantar, sobre todo a aguantar. No tenían hijos; se decía que Ricardo no podía por las pestes que se había agarrado con las putas y que mi tía había tomado tantas pastillas del día después que viajó al futuro. Habladurías familiares.

Mientras ellos entraban rápido para que la estufa no largara humo, yo salía quince minutos antes de que pasara el ómnibus, que en realidad fueron diez porque, como suele ocurrir, pasó adelantado.

—¿Vas a subir? —dijo el chofer, mientras yo miraba efusivamente mi reloj de mano que marcaba las cuatro menos veinte desde hace dos años.

«Siempre pasás temprano» y «llegás tarde», fue todo lo que nos dijimos.

A pesar de ser amarillo, su aspecto es fúnebre y su velocidad es similar a la de una carreta.

Después de dos horas incómodas en un asiento que no se podía reclinar, bajé en la capital, una hora antes de mi primer parcial.

Al bajar, vio venir por donde iba a otro ómnibus en dirección a Punta Carretas, pero, como sabe que las palabras pueden tener dos significados y le sobra lo que todos anhelan, decidió caminar; fueron treinta y cinco cuerdas de preguntar y repreguntar en una ciudad ajena e idéntica en sus esquinas, hasta que, después de que el rojo consumiera su rostro, dio con el gigante gris, la Facultad de Ingeniería.

—Hola, busco el salón de actos.

—Primer piso a la izquierda, lo vas a ver —dijo la recepcionista de *la pecera* abriendo una ventanita de vidrio.

Subió las escaleras viendo sin leer los anuncios de trabajo pegados en la pared, dobló a la izquierda como le habían indicado

y, después de dejar su cédula en la entrada, comenzó la prueba, reñida en todos sus aspectos; casi que toser restaba puntos y si sumás, si tenés el lujo de sumar, más vale que tus razonamientos sean precisos porque para ellos eso es lo que diferencia a un cirujano de un carnicero. Las hojas grises casi verdes, ásperas y finas, de fácil arrugar, traicioneras, esperan para romperse al momento exacto en el que perdés la calma y el lobo te come.

Pasadas las tres horas, al levantarse del asiento, la ve parada escribiendo en el banco, enumerando las hojas; no podía entender cómo no se percató antes de su existencia, no era evitable, aunque no fuera de una belleza notable ni perteneciera a ninguna minoría. No era baja, tenía el pelo a la altura de los hombros por detrás de sus orejas, que estaban rojas de tanto pensar, los labios más grandes que la nariz, en proporción, un pantalón negro de origen taiwanés, unos champions Adidas 550 y una campera de nailon azul grisácea dos tallas más grande, prendida hasta el tope, que parecía que no se la sacaba ni para dormir.

—Lucía Pena —dijo el profesor al entregar su cédula, con una contentura exagerada en su rostro.

«Esa fue la primera vez que escuché su nombre de una boca ajena», pensé.

—Sofía Coppola —dijo después.

—Como la directora —acotó ella, mirándome con sus ojos zarcos.

—Es mi hija —contesté con seriedad.

—Si algo entendimos acá es que el tiempo no tiene la necesidad de ser lineal.

—Con eso pierde el atributo de curarlo todo.

—Nunca lo hizo —contestó.

Bajamos las escaleras riendo las dos, hablando sobre la forma de ver el cine de mi tocaya y la calidez con la que expresa el amor, un sentimiento que me era imposible evitar desde que la vi; lo que unos construyen por años y miman cuidadosamente lo sentí en muy corto tiempo, lo que dicen *a primera vista*.

Ni bien salimos nos envolvió un viento frío, propio de la cercanía al agua, pero a ella, de sorpresa, la envolvieron los brazos de Martín, su amor construido y mimado cuidadosamente. La sonrisa no le entraba en el rostro, no hay nada más pornográfico que la felicidad; si hay algo hermosamente cruel del corazón es que no conoce la empatía, nadie es capaz de evitar lo que siente, por muy indebido que sea.

Intercambiamos números y volví, repiqueteando mi cabeza contra la ventanilla del ómnibus. El mundo pareció morir cuando llegué a mi pueblo, chico, con los árboles mal podados y una soledad tan grande que invita a transitar como un vehículo siendo peatón; todo pareció morir hasta el día siguiente, cuando me volví a enamorar.

# VIVIR EN TIEMPOS DE PROTOCOLO

## SOBREVIVIR A LA MIGRACIÓN Y EL DIFÍCIL ARTE DE TOMAR APUNTES SIN BUEN WIFI

---

María Pía del Valle

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Llovía finito cuando bajé del colectivo de Buquebus en Tres Cruces. Esa llovizna montevideana que no empapa la ropa, pero se te clava en los huesos. La terminal olía a café recalentado, cuerpos apretados en invierno y ese perfume barato que usan las abuelas para disimular su soledad. Yo cargaba una mochila muy llena, tan llena que parecía que el cierre contenía todas mis preocupaciones. En uno de los hombros colgaba un bolso que tenía mis documentos y un block de hojas, que después sería *cuadernola*, donde había escrito en la primera página: «Psicología primero, año 2019». No sabía entonces que empezar de cero a veces significa volverse nula y reconstruirse hasta ser materia otra vez ni que la transformación conllevaba tanto dolor.

Después de instalarme en una pensión, y a los días de haber llegado, visité la facultad por primera vez. El edificio era un cubo de

cemento pegado a una calle, con una fachada que lo identificaba como un centro educativo. Siempre había un puestito de torta fritas en la esquina y varias personas se paraban en la puerta de ingreso para promocionar distintas cosas. La zona estaba repleta de librerías que me encantaba visitar. Todos los domingos, esas calles se convertían en un hermoso circo de feriantes y transeúntes que se buscaban entre sí con excusas distintas, pero relacionadas. En primavera sucedía un espectáculo de pelusas de plátano que danzaban simulando ser nieve. Época de la dicha, de las hojas verdes y la sombra, pero también el sufrimiento de los alérgicos, los propietarios obsesionados con la limpieza y el barrendero.

Me inscribí a la carrera con la misma fe ciega con la que había vendido mi guitarra para comprar el pasaje. «Acá me va a ir mejor», me repetía, pero Montevideo no era Buenos Aires. La idea me había surgido hacía unos años cuando, escuchando a Jorge Drexler y Rubén Rada, me propuse averiguar más sobre el *paísito*. Todos me decían: «Ah, pero es muy parecido, somos primos», pero no, no me sentía tan cercana. Siempre hay diferencias y, aunque tenemos similitudes en costumbres e idioma, la idiosincrasia es muy distinta; no hace falta imaginarse migraciones transcontinentales para poder darse cuenta de las diferencias, le sucede también a la gente que viene del interior del país. En ese momento no sabía nada del duelo migratorio y que estaba a punto de padecerlo.

En Montevideo no chirriaban los colectivos a las 3 a. m., no olía a choripán en las esquinas ni había vecinos que discutieran de fútbol en el pasillo. No había porteros que madrugaran en todos los edificios para baldear, cortes de autopistas, ni distancias tan largas que recorrer para llegar de un punto a otro en la ciudad.

Allí las voces eran más lentas, las calles más silenciosas; el frenesí porteño y la urgencia de vivir habían quedado atrás. El silencio de la ciudad me obligaba a escuchar todo lo que traía dentro: mis propios fantasmas —los mensajes cada vez más cortos de mi madre, la culpa de haberla dejado luchando con su depresión, los amigos que se borraban como tinta al agua— y la ensoñación que se desvanecía al encontrarme tan perdida en un lugar tan distinto.

Y entonces llegó la pandemia para proponer otra fisura más a mi identidad, asustarme con la soledad y saludar el fin de mi adolescencia en un abrir y cerrar de ojos sin haber transitado planes que esperaba haber tenido tiempo para hacer. Creí que el encierro sería un alivio, «Al fin no tendré que explicar por qué hablo como argentina», pensaba, pero Zoom fue peor. Mis compañeros avanzaban entre pantallazos verdes mientras yo me ahogaba en bucles de ansiedad, repitiendo teorías que ya no entendía y lecturas que no podía retener. Cada día, la inestabilidad de mi internet convertía las clases en un ejercicio de paciencia imposible. Mi salario escaso nunca alcanzaba para ese servicio decente que al menos me permitiera escuchar una clase completa sin que las voces se cortaran como hilos rotos. Era una doble humillación: mi poco internet y lo mal alumna que me sentía por no haber sido lo suficientemente versátil para esta modalidad.

La noche que supe que mi abuelo había muerto de covid en Avellaneda, apagué la cámara en medio de un seminario y me encerré en el baño a vomitar en silencio y perseguir explicaciones en mi mente que aclararan lo que estaba pasando, sin encontrar respuestas. Llevaba cuatro días muerto y no pudieron velarlo por protocolo. Nadie me lo dijo cuando sucedió para «no preocuparme»,

pero tuvo un efecto en mí que solo logró preocuparme más. Yo solo quería haberle tocado la mano una última vez o haber sabido de su enfermedad para prepararme para lo inminente y desearle un buen viaje. Fue muy duro vivir su muerte sola en un cuarto de una pensión, sin la posibilidad de irme a visitar a mi familia y transitar el duelo acompañada. Por el contrario, se instaló en mí mente una crisis de identidad profunda, una depresión anclada en el dolor existencial y una soledad que presionaba mi pecho sin dejarme imaginar la salida.

Montevideo me dolía distinto. La gente hablaba de la pandemia como de un mal tiempo pasajero, nadie conocía a nadie que hubiera muerto. Mis lágrimas caían en un idioma extranjero esta vez; me costaba explicar qué me pasaba, por qué me había vuelto tan paranoica con los cuidados y por qué me había aislado tanto.

Terminada la pandemia, me propuse darle otra oportunidad a la facultad y abrirme a la posibilidad de disfrutar cosas despacio y, al final, el ritmo uruguayo de vivir me sentaba muy bien. Así, apareció Valeria.

La vi en esa materia de primer año que aún arrastraba: una chica con un mate de lata muy chiquito —algo poco común acá y que me permitió identificarla como una compatriota— y con ojos de animal acorralado. «¿Sos nueva?», le pregunté, aunque en realidad podría haber sido tranquilamente una pregunta que también me hacía a mí misma. Era salteña; sus padres —como los míos— le habían prometido que Uruguay era «el futuro» y ella quería estudiar en un lugar menos caótico que Buenos Aires.

Una tarde en la rambla, mientras el Río de la Plata lamía el cemento con furia tranquila, Valeria rompió a llorar: «Extraño

tanto que me duele respirar. No sé cómo hiciste tanto tiempo sola». No le dije mucho, porque yo tampoco sabía cómo lo había logrado. No mentí con un «vas a volver», porque la realidad es cruda para nuestra generación y quizá le llevara años darse ese gusto. Le señalé el agua marrón que nos separaba de Argentina y le conté cómo, después de años, aprendí que la nostalgia es como nadar en el río: al principio te ahogás, pero después descubrís que podés flotar mucho tiempo si mantenés la calma y te dejás llevar.

Ahora las dos nos estamos por recibir de psicólogas. Elegimos seguir en Montevideo y planificamos los próximos años acá, porque uno aprende a amar el lugar en el que está y a apreciar el camino que se recorre. También a reconocer nuestros sacrificios, los de nuestra familia y sentirnos orgullosas de haber tenido el privilegio, entre tantos que caen en este camino tan arduo, de ser estudiantes y estar lejos de todo lo que nos hacía ser quienes éramos. Ahora, vamos siempre a la feria de Tristán, y cada vez que pasamos por la facultad nos detenemos unos segundos en la puerta a imaginar quién ocupará nuestro lugar.

# NO COMO EN LAS PELÍCULAS

---

Clara Muse

FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

Tenía que caminar dieciocho cuadras desde la residencia hasta la facultad, cada mañana era un gran desafío. Debía mandarle un mensaje de buenos días a mi madre, preparar —sola— el café y, aunque siempre sobraba, para la tarde no quedaba una gota. Las calles tenían menos árboles, las veredas eran más anchas. No podía escuchar música, no podía escuchar nada que no fuera el zumbido de los autos y las bocinas que cantaban, todos iban apurados a algún lado. Montevideo sabía cómo ser hostil con una chica cuyo mundo se resumía en cinco manzanas a la redonda.

Paseaba por el centro, aunque no tenía ninguna plaza en el camino, tampoco el súper Lo de Pocha, donde toda la vida pedíamos el vuelto en golosinas. No todo era terrible, aunque no crecieran mucho en los alrededores, comprar flores era más accesible. Por las noches la ciudad se iluminaba tanto que en ocasiones me hacía doler la cabeza, pero era una linda mejora frente a la calle larga que servía de centro, periferia, comienzo y fin del pueblo, que lindaba con el mar, que apagaba todo antes de las once.

Decían que la primera semana sería la peor. Que tardaría en adaptarme, que no entendería las clases, que no iba preparada.

No estaba lista para la segunda semana. No tenía idea de dónde estaban mis clases, todas eran en salones diferentes en los que había distintas clases en simultáneo. Encontrarlas sola, porque dentro de la facultad (que había aprendido a entender como el reemplazo de mi liceo) había tres pisos según dos ascensores: el uno, el dos y el cuatro. Otros tres ascensores paraban también en el mítico piso tres y aunque en la facultad nadie prohibía nada —porque estaban muy apurados yendo a algún lado— sí era recomendado no entrar.

Podía ser objeto de curiosidad, por supuesto, pero no me generaba más curiosidad que el salón de ochocientas personas, cada una en su banco con mesa individual y su propio cuaderno. Cuando empecé el liceo, en mi clase éramos veinte, cuando lo terminé en sexto (ahora noveno), solo ocho. Veinte habían querido seguir estudiando hasta conseguir un título y muchos se habían quedado en el camino: trabajo, familia, mudanzas, cambio de grado. De los ocho que se graduaron conmigo, dos nos habíamos mudado, uno se había muerto hacía unos días en lo que llamaron un *ajuste de cuentas*. Los otros cinco no lo habían logrado. Lo había googleado, se podía llamar la *culpa del sobreviviente*. Ochocientas personas estaban allí, en esa clase, dos años después me encontraría en salones de cuatrocientas con sillas vacías, y ya no sentiría culpa. No conocería a la mayoría, pero en ese entonces no lo sabía.

Tampoco sabía que las personas se vestían como les daba la gana en la facultad, desentonaba un poco con mi pelo perfectamente arreglado, un saco, camisa y pantalón de vestir. Habría jurado que entre el gentío identifiqué a un chico cubierto de pies

a cabeza con un traje del Hombre Araña, máscara incluida y hasta un par de pantuflas entre los champions que predominaban. Sentía que el murmullo que se expandía por el salón se debía a mi llegada, poco tardaría en entender que era solo la música ambiental de cualquier clase, pero en ese entonces no lo sabía. Una de las chicas que vivía en los dormitorios, en la puerta contigua a la mía, alzó su mano en un pequeño gesto de saludo, pero no hizo intento de acercarse. No tenía idea de cómo se llamaba, sin embargo, recordaba con exactitud el nombre de todos mis compañeros, de primero a sexto de liceo.

Me senté de cualquier manera con entusiasmo impermeable, una taza de café caliente que había comprado en la puerta y suficientemente temprano como para conseguir un asiento en la tercera fila. Saqué una agenda rosada y un resaltador del mismo tono, ordenándolos de forma tal que coexistiera todo mi kit de supervivencia. El profesor se había parado en una tarima y luchaba con varios cables intentando hacer sonar el micrófono.

Había esperado un poco más de preparación, un poco más de espacio que se iba perdiendo a medida que cada rincón de la sala se llenaba con nuevas cabezas curiosas.

—Le llaman Thanos —murmuró una chica sentada junto a mí—. Por cierto, me gustan tus botas.

Necesité el último comentario para entender que se estaba dirigiendo a mí.

—Gracias —cuando la pausa pasó de larga a incómoda me vi en la necesidad de agregar—: ¿Por qué le dicen así?

—Esperá. Ya te vas a enterar.

Me lo confiaba como un secreto y yo me sentía acreedora de esa confianza. Fue la primera vez que recuerdo haber sonreído desde que mis padres me dejaron en la terminal de ómnibus, tan lejos y distante que podría haberse tratado de otra chica, la chica que había dejado lejos.

Varios minutos más fueron necesarios para que el micrófono empezase a sonar, chirridos e irritantes pruebas de por medio. La primera clase después del curso introductorio, la primera lección que aprendería en la facultad me la daría un teórico de la comunicación:

—De todos ustedes el cincuenta por ciento dejará la clase, veinticinco perderá las pruebas parciales y las salvará en algún momento de la carrera en un examen igual de difícil que el curso.

De un chasquido, Thanos había desaparecido la mitad, o un tercio, de probabilidades de aprobación. La mitad de mis ganas de permanecer allí se esfumaron también. Un apodo muy ingenioso. De igual forma, pensando en los números de aprobación de mi generación, tenía más oportunidad que antes. Aunque nadie nos había advertido en ese entonces.

—Voy a hablar para el otro veinticinco por ciento: que aprueben no quiere decir que estén preparados para los contenidos que van a estudiar. Me atrevería a decir que habla más de sus habilidades de memorización o de copiar sin ser descubiertos, no se arriesguen a...

—Vámonos.

La chica murmuró, o al menos eso parecía, aunque su voz era tan clara que no lo habría dicho jamás, solo que todas las demás

voces parecían ser de igual volumen. La utilidad del micrófono se volvió incuestionable, no como su propuesta.

—¿Cómo nos vamos a ir? —Ella se inclinó, incapaz de entender mis palabras entre el murmullo—. La clase acaba de comenzar.

—Podemos volver después. Ahora es el mejor momento para sacar el carnet de la biblioteca, si esperarás a que termine va a haber mucha fila.

—Nos van a suspender.

—Ni en pedo se da cuenta.

La seguí, en parte porque no quería seguir discutiendo mientras Thanos vociferaba instrucciones amenazantes, pero también porque no conocía la biblioteca. La chica tenía razón, nadie se inmutó cuando pasamos frente a, al menos, veinte estudiantes a los que murmuré disculpas, mucho menos el profesor. Parte de mí esperaba a que desde la tarima nos llamase la atención, con nombre y apellido. Allí no sucedían esas cosas. Cuánto estaba aprendiendo con esa carrera por los pasillos vacíos para sacar el mayor provecho de la experiencia universitaria.

El corazón me latía con fuerza y respiraba cortado cuando llegamos a un gris pasillo de lockers azules que terminaba en una puerta transparente. Quizá fue por mucho tiempo mi lugar favorito de Montevideo, lo supe en ese instante.

—Son para uso exclusivo de quienes están en la biblioteca, está recomendado no ingresar con bolsos.

Se me ocurría un millar de razones por las cuales podría existir esa regla, no discutí su tono de reproche porque estaba muy ocupada leyendo el cartel donde explicaba cómo generar una contraseña de un solo uso. Me peleé un poco con mi mochila

demasiado grande, intentando que cupiera en esas cuatro paredes tan angostas. Muy metafórico.

—No es como en las películas, ¿eh?

No lo era. Pero estaba preparada para ser la protagonista de una historia diferente.

# LOS CARPINCHOS DE LA INGENIERÍA

---

Sebastián García

FACULTAD DE INGENIERÍA

Lautaro llegó solo, con una birra tibia en la mano y el peso de Paysandú todavía pegado a las suelas.

Era 30 de marzo de 2025, y la fiesta de bienvenida en la Fing era un caos de luces estridentes, cuerpos chocando y olor a cerveza derramada con ansiedad fresca.

Con el gorro girado hacia atrás —como si eso ayudara— se acercó a un grupo de chicas y soltó su mejor frase:

—¿Sabían que Pac-Man es una metáfora de la vida? Comés, corrés, te persiguen... y te morís.

Una lo miró como si él **la hubiera escupido**. Otra fingió una risa. La tercera ni siquiera disimuló su huida.

**Bien hecho, Lauti. Las volviste locas.**

Se alejó, buscando refugio en un rincón menos poblado. Ahí la vio: una chica de pelo rosa apagado y campera azul demasiado grande. Sentada contra la pared, sostenía una botella vacía entre las manos.

Al pasar cerca, cruzaron miradas. No hubo sonrisa. Solo un gesto rápido, como quien reconoce a otro náufrago.

Lautaro asintió, torpe. Algo se le cayó del bolsillo sin notarlo, y siguió caminando.

**Horas después,** agotado y con la cabeza hecha puré, decidió irse. Celular. Llaves. ¿Y la billetera? ¿Realmente la perdió? ¿Se la afanaron? Pensó en la chiquilina del pelo rosado. ¿La habrá visto?

Volvió sobre sus pasos, barriendo el lugar con la mirada. La encontró en la salida, sentada en el cordón, codos sobre las rodillas.

—Eh... ¿Vos no viste una...?

Ella alzó la vista. En su mano sostenía una billetera marrón, desgastada.

—¿Esta? —dijo, sin entusiasmo—. Se te cayó cuando te fuiste.

Lautaro intentó agradecer, pero el guardia lo detuvo con una mano en el pecho:

—Sin pulsera no volvés a entrar, campeón.

—Eugenia —dijo, devolviéndole la billetera como si no fuera gran cosa.

**Y ya estaba.** No hubo sonrisa, ni apretón de manos. Solo eso.

**Al día siguiente,** el sol del mediodía cortaba como un láser sobre la mesa de cemento donde Lautaro intentaba comer una tarta de acelga que parecía un experimento fallido.

La Fing hervía: risas demasiado fuertes, parejas que se miraban como si el amor las fuera a salvar de los parciales, solitarios fingiendo no estar al borde del colapso.

**Él no fingía nada.**

Con el tenedor suspendido en el aire, abrió una foto en su celular: su familia frente al mural de la estación de Paysandú. Su hermana haciendo cuernitos detrás del padre; su madre, con los ojos cerrados justo al sacar la foto.

**Tres meses desde que había salido de allí. ¿Y cuándo fue la última vez que se sintió seguro de algo?**

—Esa tarta tiene más pinta de lastimadura que de comida —dijo una voz a sus espaldas.

Eugenia.

La reconoció al instante: pelo rosa desteñado, campera azul que parecía de otra persona. Lo miraba con los brazos cruzados, pero sin ironía. O no solo eso.

—Vení —ordenó, señalando una mesa donde un grupo compartía empanadas y miradas derrotadas—. Si no, parecés un vagabundo.

En la mesa, mates, chistes ácidos y quejas se pasaban como apuntes. Lautaro se coló sin ser echado ni bienvenido.

Sacó su insulina.

—¿Te estás metiendo merca para sobrevivir? —tiró Daniela, sonriendo.

—Diabetes —respondió él, seco.

—Tranqui. Acá te mata el estrés antes que el azúcar —cerró ella, casi amable.

Ignacio, con los ojos inyectados, intentó levantar el clima:

—Euge, ¿te sumás al pódcast? Se llama *Me chupa un huevo*.

—No —soltó, mientras desarmaba un alfajor como si fuera un artefacto explosivo.

Amelia apareció de la nada y tiró la bomba:

—Capaz se concentra en aprobar parciales antes de que se la coman viva.

**Con los días**, Lautaro entendió que la facultad era un exterminio lento: ejercicios infinitos, parciales asesinos y neuronas al borde del suicidio.

Un martes cualquiera arrastró su cadáver al aulario y, en la entrada, se cruzó con Tomazo, el gato mítico de la Fing, tirado como si también se hubiera rendido.

Lo acarició con ternura. El bicho ni se inmutó. Adentro, Eugenia repasaba apuntes como si le fuera la vida.

—Estoy en el horno —dijo Lautaro, dejándose caer a su lado.

—Fingí demencia —murmuró ella sin mirarlo—. Es lo que hace el 80 % de la facultad: asentís con la cabeza, copiás rápido y rezás por tu alma.

Entre fórmulas y tachones, le tiró tips de guerra: «desconfiá del múltiple opción», «dormí si podés», «nunca preguntes en clase».

Mientras fingía entender un práctico, Lautaro soltó:

—Che... ¿por qué Amelia dijo eso de «aprobar antes de que te coman viva»?

Eugenia sonrió con resignación.

—Porque es así.

—¿Así cómo?

—Mitad se rinde y abandona. La otra mitad corre. Vos elegís.

Lautaro tragó saliva. Hasta Tomazo parecía haberlo entendido mejor que él.

**Desde entonces**, la Fing era para él un laberinto cruel con guardias robapulseras. Intentó decírselo a Eugenia como podía: preguntando idioteces cada cinco minutos.

—¿Si repruebo dos parciales me puedo recibir igual?

—¿Las derivadas parciales sufren?

—¿Por qué los gatos no estudian?

Pero en el fondo, aunque su paciencia colgara de un hilo, Eugenia sabía que **no podía dejarlo tirado**.

No por cariño, sino por principios. Porque ella también había llegado rota del mismo sistema educativo, chocándose con el muro brutal entre el liceo y la facultad.

Eugenia sentía cómo cada pregunta le borraba un año de vida. **Pero no lo soltó.**

Porque, de algún modo, entendía lo que era llegar solo.

**Y fue en ese instante**, entre hojas arrugadas, subrayados suicidas y el zumbido constante del cansancio, que Eugenia se dio cuenta.

La facultad era una trituradora de esperanzas, sí. Pero mientras ayudaba a Lautaro, lo único que le había dado eran sermones derrotistas.

Verdades, sí... pero dichas como puñaladas. ¿De qué servían si lo único que lograban era que el pibe se sintiera más solo?

**Quizás —solo quizás—** podía intentar ser algo más que una voz cínica. Al menos para que no se tirara por la ventana antes del primer parcial.

Siguieron estudiando. Los días previos al parcial fueron un pantano: mate lavado, apuntes en coma y cabezazos contra la mesa.

Eugenia corregía, Lautaro erraba.

—No, Lauti, si ponés un más en vez de un menos te cagan el ejercicio.

—¿Y si lo dibujo más chiquito?

Eugenia lo miró como si considerara seriamente hacerse monja en lugar de seguir explicando.

**Pero ahí estaba.** Porque, aunque no lo dijera, le importaba. Y eso la jodía más que cualquier práctico de Física.

En medio del naufragio, Lautaro bajó la voz.

—Extraño Paysandú. Allá todo era más tranquilo... mis amigos, la familia. —Miró el táper vacío como si pudiera llenarlo con nostalgia—. Acá todo es rápido. Como si todo el mundo ya supiera lo que hace... y yo apenas estoy entendiendo el horario de los bondis.

Hizo una pausa. Tristeza sin dramatismo, pero que se colaba igual.

—Si me va mal... capaz los decepciono. Capaz me odian.

Eugenia lo miró de reojo. **En el fondo, todos estábamos un poco arruinados de fábrica.**

**Llegó el día.**

Lauti entró al parcial como quien va a su propio velorio.

Eugenia... se quedó dormida después de tomarse algo para la ansiedad. Cuando abrió los ojos, ya era tarde.

**Fracaso total.**

Lautaro no entendió una mierda. Eugenia ni siquiera llegó.

Horas después, sentados en el pasto como dos bolsas de papas descartadas, compartieron el silencio incómodo de los que no lograron nada.

—Al menos no me comí ningún signo —intentó Lauti, forzando una sonrisa.

—No, directamente te comiste todo el ejercicio —respondió Eugenia, con una carcajada amarga que le subía por la garganta.

—Me siento estúpido —murmuró Lauti, con la dignidad hecha polvo—. Todos aprobaron ese parcial y pueden continuar con sus carreras.

Eugenia, con la chaqueta azul cayéndosele de los hombros, se rascó la cabeza y dijo:

—Yo también me la di contra la pared. Todos nos la dimos. No es el fin del mundo... es cuando empezás a entender que nadie tiene idea de lo que está haciendo. Y si me preguntás, mejor así.

Se quedaron callados. El viento les tiraba pastito en la cara, como si el universo se riera.

—¿Te acordás del Pac-Man? —soltó Eugenia—. Comés, corrés, te persiguen... y al final igual te morís. Así que tranqui.

Lauti largó una risa seca.

—Somos como carpinchos de la ingeniería —remató ella, con ternura cansada—. Feos, lentos, con cara de no entender una mierda... pero seguimos flotando.

Porque no queda otra.

**Fracasados. Agotados. Pero vivos.**

**Y eso ya era bastante.**

**Quizás, al final, ser fracasados era la única victoria posible.**

La universidad no era un templo de sabiduría, sino un Pac-Man de carne y hueso: corrés, te atragantás de información, te persiguen las fechas... y al final terminás tirado en el pasto con alguien igual de perdido que vos.

**Y capaz que eso era todo:** resistir, masticar barro y seguir flotando en este pantano absurdo de apuntes y parciales.

No llegar primero. No entender todo. Solo seguir.

Y, con suerte, encontrar a los tuyos en el camino.

Aunque todo te grite que deberías haberte rendido hace rato.

**Y así, Lauti sonrió.**

**Quizás, por primera vez en semanas, no se sintió tan solo.**

# MI HISTORIA

---

Ricardo Silvera

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

A los 54 años, en privación de libertad, decidí entrar a la universidad.

Cuando ingresé a la cárcel sentí que mi vida había terminado. Me invadían la vergüenza, la bronca y la tristeza, todo al mismo tiempo. Los primeros meses fueron un infierno. Sin embargo, un día, en uno de esos pasillos grises, vi a un compañero leyendo. No era cualquier libro: era un manual de farmacia hospitalaria. Me contó que estaba estudiando una carrera a distancia. Me pareció imposible. Al principio, no me animé. Pensaba: «¿A mi edad? ¿Para qué? ¿Quién me va a dar trabajo después?». Pero algo dentro de mí decía que tenía que hacerlo, no por un trabajo ni por la sociedad... sino por mí.

Si alguien me hubiera dicho tiempo atrás que a los 54 años estaría estudiando en la universidad mientras estoy en prisión, habría pensado que era una locura. En este lugar donde los días parecen repetirse una y otra vez, donde la esperanza a veces se esconde en los rincones más oscuros, decidí abrir una puerta nueva: la del conocimiento. Volver a abrir libros, a tomar apuntes, a estudiar... fue como aprender a caminar de nuevo. No fue fácil. La mente ya no procesa la información con la misma rapidez y la

memoria juega malas pasadas. Hubo días de mucha frustración y noches en las que me preguntaba si valía la pena tanto esfuerzo. Pero esta vez había algo distinto, la decisión era mía y solo mía. Estudiaba porque había comprendido que el conocimiento es la única llave capaz de abrir la celda más dura: la de mis propios límites.

No caminé este camino solo. Encontré personas que fueron luz en los momentos más oscuros. Entre ellas, dos docentes marcaron profundamente mi experiencia: Sergio Albano, profesor de Historia, y Tatiana Fernández, profesora de Literatura.

Sergio fue más que un maestro. Desde la primera clase, su pasión por la historia era contagiosa. No solo enseñaba fechas y acontecimientos, también nos enseñaba a pensar. Recuerdo especialmente una clase donde habló sobre revoluciones populares nacidas desde los rincones más olvidados. Ese día entendí que mi lucha personal por cambiar, por aprender, también era una forma de resistencia. Sergio tenía esa rara capacidad de hacernos sentir que, aunque estuviéramos privados de libertad, podíamos ser protagonistas de nuestra propia historia.

Tatiana, por su parte, no solo nos guiaba en lo académico, también estaba allí para escuchar, para animar, para recordarnos que valíamos la pena. En cada trabajo que corregía, en cada sugerencia que nos hacía para mejorar, había una enseñanza silenciosa: podíamos ser mejores y creer que podíamos soñar. Nunca olvidaré cuando le entregué un trabajo que me costó muchísimo hacer. Me miró y me dijo: «No importa de dónde vengas, importa hacia dónde quieras ir. Y tú ya empezaste a caminar». Esas palabras fueron como agua en el desierto. Tatiana demostró

que el conocimiento no se transmite solo desde los libros, sino también desde el corazón.

**Gracias a la educación entendí que no tenía que definirme únicamente por mis errores pasados. También podía definirme por mis esfuerzos presentes y mis esperanzas futuras. Hoy, camino con la mirada hacia adelante.**

# DEVENIR

---

Lucía Monteiro

FACULTAD DE CIENCIAS

A mis 17 años terminé el bachillerato en el liceo Instituto Alfredo Vázquez Acevedo, el IAVA. Recuerdo el rutinario viaje desde el Prado en el 147 o en el 148, el que pasara primero, hasta avenida Uruguay y Eduardo Acevedo, y también recuerdo las cinco cuadras de caminata que hacía en una mezcla de saltos, pasos rápidos y trotes para llegar en hora. Recuerdo la cantidad de minutos exacta que tenía para salir desde mi casa y llegar en hora a la primera clase —la de las siete y cuarenta— las mañanas frías en invierno y las axilas transpiradas en verano.

Por cumplir en abril, siempre estuve adelantada un año, y a los 15, a principios de 2017, había elegido inscribirme en la orientación humanística, decisión que tomé cinco minutos antes de ingresar a la oficina de adscripciones, porque me parecían igual de interesantes todas las orientaciones, pero en ese momento me gustaba en particular la historia, por lo que mi decisión me pareció la más adecuada. En 2018 arranqué sexto social y humanístico, también llamado *sexto de derecho*, año que disfruté y cuyo impacto sigo notando hasta el día de hoy en mi forma de ser. Terminé el año con buenas notas, una linda graduación, algunos

dilemas adolescentes y una enorme sensación de conflicto con mi identidad. La vida me había hecho una persona constantemente cambiante, con muchas pasiones, pero sin un rumbo claro; no tenía idea de a qué facultad anotarme.

En 2019 me tocaba arrancar una carrera universitaria, decisión que siempre me pareció la obvia, por venir de una familia trabajadora que durante mi vida había repetido que la única vía para poder hacer algo diferente y «progresar» era ingresar a la universidad. Elegí la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación porque se alineaba con lo que venía estudiando en el liceo, coincidía con mi interés por algunas cuestiones políticas y parecía un lugar con personas «parecidas a mí». Elegí la licenciatura en Filosofía, aunque a los pocos meses me cambié a Antropología.

Recuerdo no sentir la chispa que sentía en el liceo cuando iba a las clases, recuerdo que no me interesaba nada de lo que escuchaba, que me parecía absurdo o sin importancia. Recuerdo el primer ataque de pánico ese año, en una clase cuyo nombre y contenido no recuerdo, la saliva acumulándose en la boca, el calor en la nuca, la visión borrosa, las ganas de llorar, el corazón acelerado, el celular llamando a mi padre, mi padre manejando la camioneta, el que atendía en la farmacia viendo alarmado las palpitaciones que marcaba el aparato para tomar la presión, «vas a tener que llevarla al hospital», la entrada del Clínicas, el electrocardiograma, las médicas jóvenes atendiendo en urgencias, «acá me sale todo bien, debe ser ansiedad».

Estuve todo el resto de ese año con ataques de pánico, visitando distintas urgencias de ASSE, rebotando de psiquiatra en psiquiatra, recibiendo distintos diagnósticos, distintas combinaciones

de pastillas, sintiéndome muy mal y no pudiendo prestar atención en las clases. En 2020 ya había arrancado la pandemia y yo había abandonado la universidad. Todos mis sueños de ser una gran profesional, todas las expectativas que mi familia había depositado en mí por ser siempre excelente alumna y ser la que iba a «sacar a la familia adelante» estaban destruidas. Tomaba tanta medicación que pasaba casi todo el día durmiendo y las pocas horas que estaba despierta no podía casi hablar, los recuerdos de ese tiempo son difusos, mezclados con un virus que atormentaba a la humanidad. Hoy entiendo que las causas de haber desarrollado tal estado de malestar se remontan a una historia de vida complicada que no había podido abordar hasta ese momento y que en cierto punto terminaron por explotar.

A finales de ese año encontré una psicóloga que supo ayudarme, acompañarme y empezar a desentrañar qué había pasado por mi cabeza y por mi cuerpo. En 2021 pude empezar a disminuir la medicación psiquiátrica, empecé a hacer ejercicio, volví a salir de mi casa, recuperé cierto estado de conciencia y volvió a mi vida la idea de hacer una carrera universitaria. Pensé por mucho tiempo en qué era lo que me gustaba y decidí intentar recordar qué me conmovía cuando era chica, qué me gustaba ver en la tele, qué hacía en los recreos, qué cosas en este mundo me resultaban apasionantes. Recordé las tardes mirando las grabaciones del programa *Cosmos* de Carl Sagan con mi padre, vislumbré la curiosidad que sentía de niña por mi alrededor, pensé en qué intrigas sobre el funcionamiento del mundo me habían hecho indagar en bibliotecas, busqué mucha información en internet, en foros, páginas y blogs. Fue así que, en 2022, a mis 21 años, decidí

empezar la licenciatura en Ciencias Biológicas de la Facultad de Ciencias, una decisión que hasta hoy me pone muy contenta.

El ingreso a la facultad siendo un poco mayor que la mayoría fue algo que me conflictuaba en cierto nivel: sentía que ya venía «atrasada», que no iba a encajar con los demás, que el ambiente iba a ser complicado. Los primeros meses fueron complejos, adaptarme a un nuevo ambiente, a ver a muchas personas a mi alrededor que iniciaban las materias, pero que iban desapareciendo conforme transcurría el semestre. Recuerdo ver los resultados de los parciales de algunas materias y notar la cantidad de desaprobaciones de los cursos. Durante ese año también empecé a sentirme parte del área científica, me gustaban mucho los temas que se trataban y las conversaciones que surgían en los pasillos y en el patio.

Fue en el trayecto de estos ya cuatro años que descubrí un mundo enorme de personas que transitan la universidad, desde jóvenes bachilleres que a los 17 ya ingresan a la universidad, como yo en otra vida, hasta jubilados a los que les interesa la temática, personas que por diferentes razones llevan tiempo cursando una carrera, personas que se reciben muy rápido y destacan por su gran inteligencia. En el medio de toda la variedad universitaria me reencontré conmigo misma, afrontando pruebas, exposiciones orales, trabajos en grupo, trabajos individuales, parciales, exámenes, recursando materias, abandonando otras, exonerando algunas, apasionándome por temas, teniendo pareja, conociendo nuevos amigos y amigas, distanciándome de algunas personas, discutiendo con algún que otro profesor, equivocándome en frente de toda la clase cuando pensaba que tenía razón, pidiendo disculpas,

teniendo miedo, pasando un examen en el último intento que me quedaba, transitando una carrera que me encanta.

La universidad es una experiencia intrincada, cansadora, llena de estímulos, a veces solitaria. Hoy creo firmemente que la Udelar es un reflejo de quienes la habitamos, que está en constante devenir, que es un espacio lleno de oportunidades y que a la vez sigue estando reducido a un porcentaje pequeño de la población que puede acceder a ella. Hoy veo que de a poco se involucran temáticas de salud mental para atender casos como el mío y como los que una gran parte de la población experimenta en el correr de sus vidas.

Creo que la Udelar ya es una parte íntegra de mi identidad, una identidad que sigue siendo un conflicto, una constante construcción y destrucción, hoy conformada por una vastedad de experiencias y sentidos que he ido desarrollando en esta institución. Aún me falta un buen tramo de la carrera por recorrer, tengo 24 años recién cumplidos, hace poco ingresé al mercado laboral y creo que lentamente encuentro el área de la biología que más me apasiona. Espero en el correr de mi vida poder ser una pequeña ayuda para aquellas personas que ingresan. Espero que el ingreso a la universidad pueda ser un proceso cada vez más acompañado y que la comunidad universitaria que lo integra sea cada vez más amplia.

# EL TÍTULO QUE ESTOY ESPERANDO

---

Tobías Rodríguez Albera

FACULTAD DE CIENCIAS

Eran ya treinta días desde que comenzó la época de las hojas sobre el suelo. Para ser más exactos, treinta y siete días. Nunca está de más mencionar un número primo.

Veía pasar los números enfrente de los autos. Una camioneta blanca decía SPZ 6542. Un auto rojo tenía SAN 8833. Se me hacía rara la ausencia de cartelitos que arrancaran con B.

Hace ya un tiempo que me gusta jugar a formar el número veinticuatro con los números de los autos. Cinco más cuatro da nueve. Nueve por dos es dieciocho y si le sumamos el seis del principio, llegamos al veinticuatro. El otro número parecía más complicado. Ocho, ocho, tres, tres. Me quedé pensando, pero el auto rojo tardó poco en desaparecer más allá de la parada en donde estaba esperando el bondi.

Después de algunas trivialidades me encuentro viendo pasar la ciudad por la ventana. Es algo agobiante ver un grupo de personas tan grande en tan poco espacio. El bondi frena, suben, bajan y el chofer arranca. El bondi para, bajan, suben y el chofer

avanza. Unos pocos cambios, pero sin detenerse a analizarlos no se pueden percibir.

Tantas personas, todas con sus vidas, con sus pensamientos, sus problemas, sus metas, sus gustos, sus dolores. Estoy bastante seguro de que entre todos llegamos a más de dos mil doscientos años de historia humana, pero aun así entramos todos apretados en el 370 Portones. Y aun así, en lugar de destruirme la cabeza pensando en el delirio de cómo todos los que estamos podemos tener nuestra propia vida ajena al resto, sigo pensando en el ocho, ocho, tres, tres del cartel del auto rojo. Por ahí a veces no se puede formar el veinticuatro.

En algún momento luego de pasar el Hospital de Clínicas se suele liberar algún asiento. Después de sentarme, saco la cuadernola de Física e intento enfrentarme a los fasores, aunque realmente no me queda claro qué son ni qué tienen que ver con las partículas y la carga eléctrica.

Llegué tarde a la clase de Álgebra Lineal. Cuando entré, el profe estaba terminando de explicar el funcionamiento del parcial. Nada muy complicado, y a decir verdad siempre me había ido muy bien en Matemática en el liceo. No me podía ir mal.

A la hora del almuerzo unos compañeros me propusieron juntarnos a estudiar. Les agradecí, pero, tal vez con un pequeño exceso de confianza, les dije que esta vez pasaba. Regresando de la facultad me bajé a cuatro cuadras de casa. Una de las cosas que más me sorprendió de Montevideo fue la cantidad de personas viviendo en la calle. Era más sorprendente aún cómo tanta gente pasa caminando al lado, sin hacer nada. Pero yo tampoco hago nada. ¿Cuál es la diferencia entre ellos y yo? Tal vez los montevideanos

ya los tienen tan normalizados que ni siquiera se lo cuestionan. Tal vez todos nos preguntamos lo mismo, pero aun así ninguno de nosotros hace nada.

¿De verdad nos importa si no hacemos nada? En el tiempo que pienso ya llego a la puerta de mi casa. La reja es un poco difícil de abrir, no sé si por la llave o por la cerradura.

Mi nueva casa es bastante particular. Para empezar, está bastante lejos de ser nueva, como el resto de la ciudad, que tiene una esencia que la hace sentir de los años setenta, o quizá cincuenta, o quizá hasta de los años veinte. No sé de cuándo es, pero sin dudas no es de este tiempo. Subo las escaleras de casa sin entender por qué hay tantos escalones en la entrada de una casa.

Termino de subir. No parecen estar ni Pilar ni Felipe, pero aun así no me animo a preguntar en voz alta si hay alguien. El año pasado los tres íbamos a la misma clase en el liceo y con un poco de prisa decidimos mudarnos juntos. Todos teníamos cuarto propio, pero eso estaba bastante lejos de garantizar una convivencia tranquila. Nos esforzamos por no molestarnos, pero es algo tan inevitable como tirar un dado y que salga cinco. A veces simplemente pasa.

Antes de decidirme por decir o no buenos días, ante la casa en apariencia vacía, entré a mi cuarto. Me acosté un rato a revisar Instagram, donde me encontré con una publicación relacionada a las naves y el espacio. *Be greater than average* era la frase principal de la imagen. Motivado por la presión de superioridad decidí intentar algunos ejercicios del último repartido de Álgebra Lineal. No pude.

Me hubiese gustado pintar un poco las palabras, pero no pude. Me quedé por completo en blanco tras sacar la cuadernola

y buscar el repartido en mi celular. No entendía nada del nuevo tema y ni siquiera me había dado cuenta de cuándo habíamos cambiado de unidad.

Busqué en WhatsApp el contacto de quienes me habían invitado a estudiar. Ya se habían ido de la facultad, pero una compañera muy amablemente me mandó un audio explicándome las cosas que no entendía. Volví a mirar el repartido, todavía sin ver claro el camino por donde avanzar. Cuando pienso, me gusta observar cosas, en ocasiones caminar en círculos. No miro nada en particular, a veces me quedo viendo el vacío sin tener idea de dónde están mis ojos.

Cuando dejé de pensar en las funciones multilineales alternadas, me di cuenta de que estaba parado junto a la ventana viendo pasar los bondis. Gente, ruido, más gente, más ruido. En un intento de liberación, tomé mi mochila y salí de vuelta.

En pocos minutos estaba caminando por 18 de Julio. Había un lugar que me gustaba mucho. A veces voy ahí para pensar, o para mirar, o también para mirar pensando. Más de una vez me han dicho que es el típico lugar a donde va la gente del interior y me doy cuenta del porqué, aunque no entiendo cómo no es atrayente para las personas de la capital.

Tras una buena caminata llegué a la Intendencia y fui a la parte de atrás para acceder al ascensor panorámico. Los fines de semana siempre hay fila. Mucha gente entusiasmada por subir al mirador y ver la ciudad, sacarse fotos, tal vez ir con un amigo o en una cita. Hoy estaba vacío. Parece ser que los martes por la tarde la gente pierde el entusiasmo o, simplemente, no le da el tiempo para tenerlo.

Subí en el ascensor los veintidós pisos que separaban el suelo del mirador. Tengo una excelente memoria para los números,

pero la verdad no estoy seguro de si eran veintidós pisos, y eso que siempre que subo hay un altavoz que lo informa. Tal vez me es un lugar tan tranquilo que ni siquiera los números tienen permitido entrar.

Ya arriba, salí a la azotea casi vacía. Me senté en unas sillas con vista al este. Cerca de mí había un artista pintando la panorámica de Montevideo.

Saqué mi cuadernola y comencé a hacer el repartido, mirando fijo, a ratos, el horizonte. Supuestamente se puede ver el aeropuerto desde el mirador. Una vez lo vi, muy pequeño a muchos kilómetros de distancia, pero nunca más lo volví a encontrar. A veces, cuando estoy pensando, miro a donde indica el cartel del mirador en un intento de avistarlo de nuevo.

Mientras miraba más allá de donde se podían fijar mis ojos, una pareja de extranjeros, que sonaban franceses, miraron por encima mi cuadernola, supongo que con la esperanza de que yo, al igual que el muchacho cerca de mí, fuese un artista retratando la ciudad. Parecían decepcionados de encontrar números y fórmulas en lugar de colores y trazos.

Terminé de hacer unos cuantos ejercicios y guardé mi cuadernola. Mantuve la lapicera en mi mano. Simplemente tomarla, a veces pasarla entre mis dedos, me entrega una confianza difícil de describir.

Me puse de pie y caminé un poco. Hacía unos minutos que el artista se había ido, tal vez porque había terminado su obra o por la falta de luz. Sería una pena que el muchacho no hubiese podido terminar de pintar por los caprichos del sol de irse tan temprano.

Miré hacia el sur y no pude evitar sonreír. A pesar de estar tan lejos; de no entender las cosas; de seguir pensando en el ocho, ocho, tres, tres; de sentir que exploto y no saber quién soy ni a dónde mirar, seguía ahí.

A pesar de todo, el río también se ve desde la ciudad.

# OH, MINGONG

---

Julietta Martínez

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Las tardecitas del otoño en el barrio Mascheroni de la ciudad de Florida suelen ser preciosas. A esa hora en la que el día deja de ser día y la noche aún no es noche («la tardecita», dijéramos coloquialmente los uruguayos), cada domingo yo solía hacer una caminata serena por el barrio, con termo y mate en mano, y auriculares presentándome una banda sonora fluctuante para esa salida que, siempre en otoño, era costumbre, casi como un ritual. Ese paseo tenía un trayecto bastante lineal; tomaba por la calle 24 de Abril y, casi que por inercia, desembocaba en la ruta vieja hasta que el basurero de la ciudad le daba fecha de fallecimiento a ese pedazo viejo de ruta y, por ende, a la primera mitad de mi trayecto. Desde esa esquina divisaba parte del atardecer, saboreando los últimos de rastros de calor del sol, y cuando la noche terminaba de darse por anunciada, volvía a hacer el mismo trayecto, pero esta vez a la inversa, y a pesar de llevar el termo encastrado en mis axilas, este ya estaba vacío de agua, el mate ya estaba lavado y mi idea sobre el paseo idílico con el calor del sol y la música en mis oídos empezaba a tornarse un tanto pesimista a la vuelta. Sin embargo, tenía claro que el domingo siguiente a la misma hora, iba a volver

a hacer el mismo recorrido, en el mismo lugar, hasta que el otoño caducara y el invierno me obligara a permanecer en mi hogar al lado de una estufa, lo que me resultaba una idea bastante persuasiva.

Algo tan insignificante como esa salida, que se había hecho costumbre, me brindaba material para reflexionar sobre las cosas que observaba cada vez que iniciaba mi trayecto vespertino en aquel otoño floridense. Recordaba ver los pinos cambiar el color de sus hojas rápidamente, recordaba a los chiquilines del barrio pasear con sus bicicletas, a los vecinos en el porche de las pocas casas que daban frente a esa ruta vieja, y más. Pero había un escenario que se hacía recurrente en mi cabeza aquellas tardes de invierno repasando mis caminatas al lado de la estufa. Durante mis salidas siempre pasaba por el frente de una portera enorme, de madera. Detrás, a unos ocho metros había una casa amarilla, era muy prolija y destacaba por la presencia de dos cánidos enormes, con pelos largos y negros (creería que eran hermanos, por la similitud), y una bella colección de plantas (cuyos nombres no reconozco, nunca supe de plantas, solo sé que siempre me gustaron). Paseo tras paseo observaba la casa, la portera, los perros y las plantas, incluso a veces me cruzaba con los presuntos habitantes de ese lugar. Al parecer ahí residía una familia conformada por un señor bastante mayor, de cabello blanco y complexión menuda, una mujer también adulta, con el pelo muy negro (pero algunas canas que querían asomarse) y una joven de cabello corto, ondulado, en el que bajo ese sol muerto en la tarde de otoño destacaba un color cobrizo.

Cuando la tarde, la hora y la casualidad nos ponía en el mismo lugar, ellos siempre estaban en la misma situación; caminando hacia

la enorme portera, con una valija enorme y una mochila mediana en la espalda menuda de aquella chica joven, de cabellos cortos, ondulados y cobrizos. Yo los observaba, de manera disimulada. Veía al señor abrir la portera, a la señora acarrear esa valija pesada y a la joven alcanzar los hombros de ambos para darles un abrazo que se veía siempre, cada domingo a esa hora, interrumpido por la llegada de un taxi que se la llevaría. Recuerdo que, cuando ese auto blanco con rayas amarillas partía, el señor y la señora lo saludaban, como si el auto los viera, como si para ellos dejar de agitar sus manos sin esperar que ese taxi dejara de estar en su rango de vista fuera un pecado. Repasaba la situación, la desmenuzaba en lo que faltaba para culminar mi trayecto, también la desmenuzaba en el invierno frío, el domingo al lado de la estufa en mi hogar.

Se fue el otoño, se fue el invierno, también la primavera. El verano se despedía en el primer marzo que yo viviría con 18 años cumplidos. Un domingo en la tarde, yo estaba bajando mi valija enorme (prestada) por la escalera empinada de mi casa, en el barrio Mascheroni. Mi padre abría la puerta, mi hermano me daba un beso, y la charla de «hasta pronto» se veía interrumpida por la llegada de un auto blanco con rayas amarillas. Cargamos mi valija, terminamos el «hasta luego», y en diez minutos me vi transportada a la parada de buses más cercana. Bajé del taxi bastante apurada, insistiendo al chofer para que se quedara con el cambio, arrastré mi valija hacia garita y a lo lejos vi una figura amarilla inmensa, que tenía muchas ruedas y unas ventanas enormes al frente. Estiré mi mano lo más que pude, como si quisiera tocar el otro lado de la vereda, y esa figura enorme y amarilla paró en frente de mí. Luego de depositar mi valija en un subsuelo de aquel ómnibus, subí las

escaleras con un papel en mi mano que me indicaba el número de asiento que me correspondía. Caminé por el pasillo mirando los rostros, muchos de ellos conocidos. Llegué al asiento dieciséis, me senté cómodamente y me percaté de que en el asiento diecisiete tendría compañía. Observé entonces a una joven que recordaba, de figura menuda, con cabellos cortos y ondulados, que con los rayos de ese sol en agonía que entraba por mi ventana se veían cobrizos. Nos sonreímos mutuamente. No nos conocíamos, pero creí entender que estábamos en el mismo lugar, y no hablo de Florida, no hablo del ómnibus ni hablo de los asientos. Calzo mis auriculares en mis oídos para musicalizar mi viaje hacia «la gran ciudad». Pongo una canción en aleatorio, escucho la introducción; qué linda esa canción, siempre me gustó mucho, y hoy más que nunca.

Suena «La portera» de Eté & Los Problems.

Cruzaron la portera  
 Tu hermano iba adelante  
 Tu hermana te abrazaba  
 Tu padre con un palo  
 Gritándole a los perros  
 Atrás iba tu madre  
 Lllamanos cuando llegues  
 Es todo tan tranquilo  
 Es todo tan tranquilo que  
 Asiento diecisiete  
 El pasillo qué importa  
 Jugás con los botones  
 Sos todo un astronauta

Tu mano en los controles  
 Jugando con las luces  
 Tu cara en el reflejo  
 Flotando sobre el pasto  
 Las vacas tan tranquilas  
 Es todo tan tranquilo que  
 Te vas  
 Oh, Mingong  
 Oh, Mingong  
 Oh, Mingong  
 Oh, Mingong  
 Oh, Mingong  
 Oh, Mingong  
 Oh, Mingong  
 Oh, Mingong  
 Cerraron la portera  
 Mirá  
 Los animales

Según Wikipedia, *Mingong* en chino «[...] se refiere a los trabajadores migrantes que provienen de zonas rurales de China y que se desplazan a las ciudades en busca de empleo. Este término describe una población numerosa y clave para el desarrollo económico de China».

# NO LLEGARON, PERO ME TRAJERON

---

Ana Sofía Ribero

FACULTAD DE MEDICINA

Era una mañana soleada pero bastante silenciosa, Carolina hacía su típico viaje en el 187 hacia la Facultad de Medicina, en donde estaba cursando el primer semestre de su carrera. Aunque las mañanas no solían costarle, sí es verdad que, desde que dejó Tacuarembó y a su familia para mudarse a Montevideo por los estudios, el levantarse sin ver a sus padres ni oler las tostadas o el café que le preparaban hacía que le costara más empezar el día.

Este no era su primer día de clases, pero siempre sentía un poco de nervios a la hora de ir a la facultad, y un poco más ahora, que faltaban solo unos días para comenzar con los parciales. Ella era la primera en su familia en poder llegar a la educación terciaria y, aunque siempre lo vio como un logro, ese conocimiento también traía un peso en el pecho, una presión no impuesta por su familia, sino por ella.

Con el estómago revuelto llegó a su salón y escuchó al profesor explicar el tema de la clase. Sacó varios apuntes, muchas veces de cosas que no entendía del todo. Al terminar juntó sus cosas lentamente y caminó por los pasillos de la facultad, hasta que percibió

un aroma riquísimo y familiar que hizo que de pronto su cabeza la llevara a casa. «Huele a la pascualina de mamá», pensó. Siguiendo el aroma llegó hasta la cantina, de la cual había escuchado hablar, pero nunca había visitado, y dudó por un segundo si comprar un pedazo de dicha pascualina, pero cuando recordó que en su heladera no quedaba mucho para poder almorzar tomó la decisión definitiva.

Se aproximó a la fila de la cantina, observando todo a su alrededor; si bien ya había pasado por allí varias veces, nunca se había detenido a apreciar lo que había: mesas y sillas, varios carteles sobre la facultad pegados en las columnas y un gran cartel en el mostrador de la cantina que decía: «Maruca y Ñato». Esos nombres resonaron en la cabeza de Caro por un tiempo, o al menos eso creyó, ya que cuando quiso darse cuenta era finalmente su turno de pedir.

Luego de pagar su pascualina, mientras esperaba que la chica del mostrador le diera su cambio, notó que había enmarcada en la pared una foto antigua de una pareja que le resultaba familiar, por lo que, curiosa, le consultó a la chica de la cantina quiénes eran esas personas.

—¿Ellos? —le preguntó la chica mirando la foto colgada detrás del mostrador—. Son Maruca y Ñato, dos amigos que vinieron de Tacuarembó en el sesenta, creo. Ella tenía dieciocho años y él andaba por los veinte. Según nos contó mi abuelo, que era amigo de ellos, ambos tenían muchos hermanos, mucha gente que sostener allá, y abrieron este negocio en Montevideo para poder ayudar a sus familias y de paso alimentar a los que sí podían estudiar.

—¿Y qué pasó con ellos? —consultó, intrigada y conmovida por la historia.

—Tengo entendido que un tiempo después de haber abierto el negocio se convirtieron en pareja y luego Maruca se embarazó. Como estaban solos acá y el manejo del negocio se empezaba a complicar mientras el embarazo avanzaba, antes de que naciera el bebé decidieron venderle la cantina a un amigo que se hicieron en Montevideo y volverse a Tacuarembó con el dinero ahorrado. El amigo que les compró el negocio era mi abuelo, el Nono, y como sabía todo el sacrificio que habían puesto en esta cantina decidió no cambiarle el nombre y mantener las recetas originales de Maruca y Ñato.

Carolina le agradeció a la chica, tanto por su servicio como por haber compartido tan linda historia. Y mientras caminaba por la facultad decidió escribir en el grupo familiar de WhatsApp, les contó lo que hacía unos minutos eran datos totalmente desconocidos para ella y consultó si a alguien le sonaban conocidos los nombres Maruca y Ñato, y antes de que guardara su celular para continuar su travesía, su madre contestó:

¡Sí, hija! Ellos eran tus bisabuelos, los papás de la abuela Ramona. No sé cómo nunca te contamos esa historia con la abuela. Creo que se nos pasó totalmente y, en parte, creímos que, al vender la cantina, ya no quedaría nada de ellos allí. Si ambos estuvieran acá todavía, estarían orgullosos de saber que una parte de ellos sigue ahí.

Carolina se quedó quieta un instante. Releyó el mensaje y miró hacia atrás como si de alguna forma la cantina aún la estuviera mirando desde lejos. En ese momento se dio cuenta de que, si bien no era la primera estudiante en cruzar esa cantina,

ni la primera en mirar el cuadro viejo colgado en la pared, sí era la primera en verlo de verdad. Miles de estudiantes de diferentes generaciones almorzaron allí, bajo esa foto, sin saber quiénes eran, pero para ella era un tesoro escondido.

Luego de semejante revelación y ahora con una sonrisa dibujada en su cara, esta joven estudiante continuó caminando, aún un poco impactada por lo que se había enterado en relación con su familia. Mientras recorría la facultad camino a la salida y con un estómago que rugía por probar la pascualina igual a la de su madre, notó que había una mesa llena de libros a la que le habían pegado un cartel que decía: «Donaciones de generaciones anteriores». La mesa tenía un poco de todo: libros de fisiología, farmacología, bioestadística, entre otros, pero a ella le llamó la atención uno desgastado de anatomía que se encontraba escondido entre los demás. Si bien ella recién estaba cursando primer año y no tendría Anatomía hasta el tercer semestre de la carrera, siempre pensaba que ir leyendo por arriba material de la asignatura sería beneficioso. Tomó el libro y lo abrió para poder darle una buena ojeada a las páginas, parecía muy completo pese a los años. Mientras pasaba las páginas notó que un papel se cayó de entre ellas, lo recogió sin darle importancia, creyendo que era un marcapáginas, pero, para su sorpresa, notó que al reverso había una nota escrita a mano:

Tacuarembó, marzo de 1996

Querido Alejandro:

Cuando me dijiste que te ibas a Montevideo a estudiar, te sonreí. No por la noticia, que me dejó el corazón

apretado, sino porque entendí que al fin vas a cumplir ese sueño del que hablábamos cuando apenas sabías leer. No sabes el orgullo que me da verte partir. Siento como si fuera un hijo el que se me va. Tal vez porque, aunque no compartimos sangre, te vi crecer de la misma forma que a los míos. Ojalá esta nueva etapa en Montevideo te reciba con paciencia, y espero que nunca se te olvide lo que siempre digo: el saber con hambre no sirve, y el cansancio no mata, pero no deja pensar. Acá te vamos a estar esperando, Ale.

Con cariño,

Ramona

A Carolina se le erizó la piel. Ese libro era del Ale, el chico al que su abuela Ramona cuidaba en su juventud. Le había contado más de una anécdota de ese niño travieso al cual vio crecer y convertirse en uno de los mejores doctores de Tacuarembó. Se le aguaron los ojos, no de tristeza, sino porque con esa carta sentía a su abuela aún más cerca de ella. Nunca fue muy creyente en el destino, pero este día parecía estar cambiando eso. No sentía que fuera coincidencia. Había arrancado el día desanimada, nerviosa, extrañando a su familia y sintiendo más que nunca la presión de ser la primera de su casa en llegar a ser una universitaria. Y, sin embargo, que todo esto le estuviera pasando, que estuviera descubriendo estas conexiones silenciosas, se sentía como tener hilos invisibles que la sostenían desde atrás.

Sin dudarlo, metió la carta en el libro y lo guardó en su mochila, sabiendo que no solo se llevaba un buen material de estudio, sino que también un recuerdo. Caminó hacia la salida

sintiéndose un poco más liviana. El corazón ya no le pesaba tanto, y esa presión que venía arrastrando había empezado a transformarse en otra cosa: impulso. Ese día había entendido que, aunque ninguno de los miembros de su familia había podido estudiar en la facultad, muchos habían estado allí de otras formas: sirviendo un plato caliente o incluso cuidando a un niño que soñaba con ser médico, sin saber que estaban dejando parte de su historia entre las paredes. Comprendió que todo ese esfuerzo de generaciones pasadas no había sido para que ella sintiera la obligación de llegar más alto, sino para que pudiera disfrutar lo que ellos no habían podido vivir. No estaba sola. Cada paso que daba dentro de la facultad lo sentía acompañado por quienes la habían llevado hasta allí.

# DE LA SIERRA A LA FACULTAD

---

Niver González

FACULTAD DE ENFERMERÍA

Estábamos alambrando al borde del Cerro do Chapéu y me quedé sin pilas en mi radio. Me gustaba escuchar la radio universitaria, que se retransmite para todo el país, así como *Malos pensamientos*.

Hablando con un gaucho viejo, le comenté sobre la radio universitaria y que me gustaría conocerla, y conocer las canchas de fútbol universitario.

—¿Por qué no te vas? No tienes a nadie por acá y a la gente de Rivera la tienen como trabajadora en la capital. Aparte eres joven y no estás baqueteado, nada te ata a la estancia.

—Eso de que soy joven es relativo, ya tengo cuarenta y ocho años.

Entré a la estancia a los dieciséis años. Mis padres tuvieron problemas y se separaron. De Las Piedras, donde vivíamos, mi madre y mis hermanos y hermanas fueron a parar a Rivera, a casa de unos parientes de mi padrastro, y yo terminé en una estancia entre Artigas y Rivera. Por mi corta edad, me tocó quedarme en el casco de la estancia como jardinero y ayudante del cocinero: cortaba leña a hachazos, ya que se cocinaba en un fogón a leña.

Entré a la estancia con Ciclo Básico aprobado y la hija del estanciero me convenció de dar cuarto de liceo libre. Gracias a los

cuadernos de ella y su ayuda, logré aprobar cuarto año y también di Filosofía y Matemáticas de quinto Biológico.

Me gustaba escuchar, de lejos nomás, las peleas de Camila con su papá (el estanciero, el patroncito), que le preguntaba para qué un peón necesitaba tener más que el ciclo básico aprobado. Tanto padre como hija eran egresados de la universidad, los dos eran veterinarios.

Ella se encargó de todos los trámites ante el Liceo Pomoli de Rivera, pero el tiempo pasó y me fui de la estancia rumbo a Río Grande do Sul, en Brasil. Pasé como cinco años en estancias de Dom Pedrito.

Retorné a mi vieja estancia porque el que se va sin que lo echen vuelve sin que lo llamen, dicen. Tiempo después del retorno, me volví a ir. Cargué mis petates en la caja de la Yumbo y partí raudamente hasta Manuel Díaz (la aduana), y de ahí Ruta 5 hasta la capital.

Por cosas del destino me encontré con una compañera del Liceo Manuel Rosé de Las Piedras; estuvo cinco años por España, volvió al paisito, pero no era lo mismo, y me invitó a irme con ella a Portugal. Obviamente le dije que sí, pero una cosa era ir de la estancia a la capital y otra era cruzar el charco hasta Europa..., ni en pedo me iban a subir a un avión.

Terminé el equivalente a sexto de liceo, pero en la Escuela Técnica (UTU). Me recibí de oficial carpintero. Por primera vez en mi vida tenía un título.

Pero cierto día un señor llamado Putin invade Ucrania. ¿A dónde se les ocurre correr a los rusos que no querían pelear? A Portugal. ¿Y a los ucranianos que huyen de los bombardeos? También a Portugal. El sueldo solía ser setecientos quince euros

y el alquiler doscientos euros, pero luego de lo acontecido el alquiler pasó a seiscientos euros (por la oferta y la demanda) y ya no era posible ir a Portugal.

Pero ¿cómo me asenté en la capital? No fue nada fácil, demoré casi veinticuatro horas en llegar, ya que mi triciclo no podía circular en la ruta más de setenta kilómetros sin parar y una media hora era necesaria para enfriar el motor.

La familia me recibió por Las Piedras unos días. Ocupé un catre en la cocina y a la mañana desarmaba y guardaba, día tras día. Podía armar el catre en el living, pero estratégicamente lo armaba en la cocina por estar apartada del resto de las habitaciones y sobre todo por tener un tv de 32" y Netflix para mí solito.

Un sábado por la mañana, se presentó un vecino que se enteró de que yo estaba por ahí y me pidió si podía ir a descargar unos camiones con tablas a una carpintería. Originalmente eran cinco obreros para descargar y falló uno; fui sábado y domingo.

A última hora del domingo, en cuanto nos abonaban por nuestro servicio, me consultaron si estaba dispuesto a realizar una limpieza en los depósitos de la carpintería. Entonces, eso trajo otra cosa y así sucesivamente más changas surgieron.

La carpintería se encontraba en Nuevo París, cerca del Prado y del viaducto, y eran cinco sus dueños, todos docentes jubilados de UTU. Contaba con un galpón al lado y un segundo piso, el cual se utilizaba para guardar muebles y cosas varias que los cinco socios traían de sus casas.

Cierto día, comencé a quedarme en la carpintería porque al siguiente día teníamos que salir a hacer colocaciones de muebles aéreos y bajo mesadas a la zona de las playas. Con toda la chispa

que me caracteriza, pregunté cómo iba a llegar a tiempo si tenía dos horas de viaje desde Las Piedras..., entonces me preguntaron por qué no me quedaba por ese día. Ya llevo casi seis años quedándome en la carpintería.

Con el tiempo comenzaron a llevarme a sus casas para ayudar a mover muebles, hacer limpiezas, pintar, cortar árboles y transformarlos en leña, abrir y cerrar sus casas en la playa. Antes de comenzar la temporada de playa, un fin de semana íbamos con el dueño y asado mediante me marcaba todo lo que tenía que modificar antes de la llegada de la esposa, hijas e hijos que se instalaban por todo el verano. Esto incluía cortar el césped, podar árboles, airear la casa, sacar postigos de las ventanas, cortar leña (me parecía a Milei con la motosierra), limpiar heladeras y freezers, sacar sábanas de sobre los muebles, entre otras cosas.

Lo que nunca me quedó bien fue el lavado de vidrio en las ventanas; era un completo desastre y las muchachas tenían que repasar el desastre que dejaba (obviamente que lo hacía a propósito para no tener que hacerlo más).

Pasaba una semana solo y todos los días iba a la playa, hasta que llegaba el pelotón y siempre huía raudamente, ya que una cosa es un cacique y un indio, pero cuando son muchos caciques y un solo indio... la cosa se complica.

Para marzo me tocaba ir nuevamente a la playa para volver a tapiar la casa por el invierno, pintar y hacer mantenimiento en general.

En un par de ocasiones, tuve que improvisar de pintor. También me tocó hacer de ayudante de albañil en otro apartamento en Córdón.

A uno de los dueños de la carpintería se le casaba un hijo y el suegro le regaló a la hija un apartamento en frente al Dique Mauá, en un séptimo piso. Entonces, el papá le regaló la pintada del apartamento, así que pasé cinco días frente a la rambla y muy cerca de 18 de Julio.

Pero ¿cómo me acomodé en la carpintería? La carpintería es horrible de fría, tiene ventanales de dos metros de alto por el largo del local y techos altísimos. Cada tres metros hay veinte centímetros sin vidrio para que circule el aire por el polvo que levantan las máquinas (las cuales tienen más de cincuenta años). Lo que sobra en esta carpintería es ruido y polvo.

Tomé una parte del segundo piso; con unos mamparos y una puerta corrediza construimos un dormitorio hermético, tanto por el polvo como por la parte acústica. El piso era de hormigón, la solución: pintura para pisos de color azul.

Cielorraso no tenía; me guiaron y armé un cielorraso de madera. Entre este y la chapa del techo metí espuma plast. El primer invierno que no tenía nada la chapa sudaba y goteaba (muy frías las gotas). En el verano era un sauna, si subías durante el día sentías instantáneamente el calor de las chapas.

Tiempo era lo que sobraba. No había electricidad en el segundo piso, puros alargues por un año. Compraba materiales usados en las ferias barriales del Paso Molino, desarmaba todo lo eléctrico y de tres aparatos armaba uno en buen estado. El reciclaje era lo mío.

Ahorré mucho dinero con el reciclaje y me permitieron realizar muchas renovaciones en la carpintería, por ejemplo: erradiqué

los alargues por el suelo (fabriqué unos aéreos) y coloqué nuevas luminarias, sustituyendo los viejos tubos de luz.

Retomando el tema de la facultad: «Vamos a estudiar Enfermería, una licenciatura», dijo mi amiga. Ella se cambiaría de facultad y yo de carpintería pasaría a estudiar ESFUNO.

Una reflexión: desearía que el papá de mi amiga la estancia estuviera vivo para ver hasta dónde llegó un peón..., no, mejor aún, hasta dónde llegará. No me conformé con escuchar la radio universitaria, es mucho mejor vivir la experiencia y, ya que sobrevivimos al primer año, es buena idea darles una mano a los que recién llegan a la facultad.

# CRÓNICAS DEL ALGORITMO DE LAS MILANESAS

---

Cristian Alen

FACULTAD DE INGENIERÍA

## LA OFICINA MÓVIL

El 14AB no era solo un autobús. Era mi biblioteca, mi cafetería y mi sala de servidores personal. Cada mañana a las siete y quince, cuando las puertas se abrían con un sonido metálico, ya tenía preparados mis tres rituales: el café en el termo, que siempre se derramaba en la primera curva; los auriculares con *playlists* de «concentración extrema», que Blacky, mi gato, había ayudado a seleccionar caminando sobre el teclado; y el ritual de sacar la laptop justo cuando pasábamos por el kilómetro veinticinco, donde la señal de internet era milagrosamente estable.

«¿Otra vez con esa máquina, muchacho?», me preguntaba don Carlos, el conductor que llevaba veinte años en esta ruta. Yo solo sonreía mientras abría mi IDE, donde mi proyecto de Python para detectar intrusos en redes compartía espacio con un documento titulado *Por qué el álgebra lineal me hará llorar.txt*.

## MODO PRINCIPIANTE

El primer día en la Facultad de Ingeniería olía a pintura fresca y ansiedad. Recuerdo haber entrado al aula 402 por error —un salón de posgrado donde discutían la demostración de un teorema que sonaba a hechizo de Harry Potter—. Cuando finalmente encontré mi clase de Introducción a la Programación, descubrí con horror que mi *Hola Mundo* en JavaScript no impresionaba a nadie.

—En UTU esto lo hacíamos en segundo año —susurré a mi compañero de asiento, un exliceal llamado Xaden que hojeaba un libro de Pascal como si fuera una novela romántica.

—Bienvenido al mundo real, Cristian. Aquí hasta el indenta-do tiene teoría detrás —me lanzó él con una sonrisa compasiva.

Esa noche, mientras Blacky dormitaba sobre mi libro de algoritmos, llamé a mi padrastro:

—¿Y? ¿Ya te hackearon el cerebro?

—Peor —respondí—. Ahora sé que no sé nada.

—Perfecto —rio él—. Así empiezan los buenos.

## DEBUGGING HUMANO

Los primeros parciales fueron como ataques DDoS a mi autoestima. Tras fallar el de Matemática Discreta, pasé tres días analizando mis errores con la obsesión de un detective. Fue entonces cuando conocí al profesor Voldemort, un hombre calvo que hablaba con pausas de silencio.

«Veo que usaste fuerza bruta en el problema tres —señaló en mi examen—; la ingeniería es como el mate: si lo tomas apurado, solo conseguís quemarte.»

Armé un grupo de estudio con Xaden y dos compañeros más. Nos reuníamos los jueves en la biblioteca, donde intercambiábamos apuntes como si fueran figuritas de álbum. Aprendí que

1. los liceales sabían demostrar teoremas, pero nosotros los de UTU éramos reyes del *debugging* práctico;
2. nadie entiende las explicaciones del profesor Voldemort a la primera;
3. cuatro mentes piensan mejor que una, especialmente cuando hay bizcochos de por medio.

## BLACKY Y BUGS

Mi gato desarrolló un sexto sentido para mis crisis académicas. Justo cuando me trababa en un *loop* infinito, aparecía caminando sobre el teclado como un CEO revisando su fábrica:

- Si pisaba Ctrl + S, aprobaba mi código (o quería comida).
- Si activaba Caps Lock, era su grito silencioso de «¡Descansa ya!».
- Si bloqueaba la pantalla con su cuerpo, había llegado la hora de dormir.

Una noche, mientras luchaba con un proyecto de redes, Blacky borró medio código al apoyarse en F2. Al revisar el error,

descubrí que había estado usando un protocolo inseguro. «Gracias, jefe», le dije, rascándole la cabeza. Él respondió con un bostezo que olía a pescado.

## MILANESAS Y FIREWALLS

Mi madre nunca entendió qué era «eso de la computación», pero su intuición era infalible:

«Hoy hiciste cara de “me hackearon el alma”», anunció una tarde, sirviéndome una milanesa del tamaño de un disco duro. «Comé, que la frustración se cura con milanesas.»

## COMMIT FINAL

Hoy, cuando el 14AB pasa frente al letrero de «Bienvenido a Pando», ya no veo el final de un trayecto, sino un *checkpoint*. Sé que

- los *bugs* en mi código de vida seguirán apareciendo;
- Blacky seguirá siendo mi *tester* de cuatro patas;
- algún día, cuando mi empresa de ciberseguridad esté en cada *router* de Uruguay, extrañaré estas mañanas de café frío y código imperfecto.

Por ahora, guardo la laptop y disfruto del último kilómetro. El autobús frena, don Carlos me guiña un ojo y, al abrir la puerta, el olor a milanesas me dice que estoy en casa.

# TERMINAL

Sofía Pilone

FACULTAD DE CIENCIAS

Esta mañana se concretó la mudanza, quedando atrás una adolescencia minuana, emprendiendo viaje en el desconocido terreno de los estudios universitarios.

Me levanté de la cama con el corazón acelerado y la mente inquieta jugando al ping pong con los más variados pensamientos. Alguna que otra emoción se asomaba a ver por la rendija, pero debía quedar al margen pues tenía que organizar el desayuno y el viaje para todas, no podía permitirme caer en los laberintos del sentir.

Panqueques servidos y té en sus respectivas tazas. Amaneció la primera de ellas, una niña que rondaba los seis años, con los ojos hinchados y postura desafiante.

—¿A dónde me vas llevar ahora? Yo no me quiero ir ni mudarme nunca más. —Su vulnerabilidad fue un golpe en el pecho, tenía razón. Ella solamente quería estabilidad y esta vez era yo misma quien se la estaban arrebatando.

Extendí mis brazos y ella corrió a refugiarse en ellos.

—Está bien. No tenés que ir a ninguna parte. Podés quedarte acá en Minas jugando con los gatos y pasando la tarde con tus amigas del barrio. Acá están mamá y papá, también voy a venir los

fin de semana a saludarte. Quedate donde más te guste, también podés volver a Guatemala si preferís, te prometo volver algún día a buscar tu risa entre las flores del patio de casa y el canto de los pajaritos. Lloró, lloré, lloramos y la niña se volvió a dormir.

Me asomé al cuarto para despertar a la más pequeña, una niña de tres años que dormía como un angelito entre las sábanas alborotadas. Moví su cuerpo con algo de culpa por interrumpirle el sueño, me abrazó fuerte del cuello y la levanté a desayunar.

Comía su panqueque con carita de dormida, sin terminar de entender lo que ocurría.

—Tengo sueño.

—Yo también tengo sueño, pero en un ratito nos tenemos que ir.

—¿A dónde vamos?

—Nos vamos a Montevideo.

—Ah... Eso es en Uruguay ¿no? ¿Sabías que una vez viajé en avión con papá? Fuimos a Uruguay a visitar a la abuela y el abuelo. Fuimos treinta días, que suena como un montón porque son *trein-ta*, así como la edad de mamá, pero solo eran días, entonces, no fue tanto como la edad de mamá y se pasó un poco rápido el tiempo.

No supe cómo explicarle que ahora vivíamos en Uruguay hacía más de doce años y me limite a decir:

—¡Qué bonito viajar en avión! Esta vez vamos en ómnibus porque ya no estamos tan lejos de Montevideo.

—¿Y a qué vamos?

—Vamos para estudiar en la universidad, para después poder trabajar de lo que me gusta.

—Igual que mamá, que fue a la universidad y ahora trabaja en algo que le gusta y tiene reuniones con un montón de gente. Yo cuando sea grande quiero ser astronauta y construir una casa en una estrella para llevar a papá y mamá. O trabajar con animales, pero también quiero ser maestra, así que podría ser maestra de animales para enseñarles a hablar y también a contar. ¿Sabías que ya sé contar un montón de números? Y también aprendí la tabla del dos, mira: dos por uno, dos; dos por dos, cuatro...

Esperé a que terminara la tabla del dos y le di las felicitaciones que la niña se merecía escuchar. Luego me preguntó:

—¿Qué vas a ser cuando seas grande? Aunque ya sos grande, pero cuando seas más grande.

—No voy a ser astronauta ni maestra de animales, pero pienso que son sueños preciosos para vos. En cuanto a mí, puedo decirte que al final sí elegí una carrera de ciencias que tiene un poco que ver con los animales y con los números que tanto nos gustan a las dos.

Desayuno terminado, mochilas al hombro, la llave cerrando la puerta del lado de afuera, los pies pisando los zapatos y los zapatos la vereda. Comenzamos el camino hacia la terminal.

A un costado caminaba una adolescente de catorce años con el cabello alborotado, tapaboca y paso inseguro; llevaba una mochila grande y creía llevar la carga más pesada de todas. Sin embargo, al otro lado iba una chica de dieciséis años con la mirada triste y ojeras no solo grandes, sino también profundas. Caminaba ensimismada alumbrando con sus pensamientos los recovecos oscuros de su concepto del amor. Su cuerpo no aguantaba más el peso y su espalda se seguía encorvando un poco más en cada

esquina, donde ella paraba para tomar una piedra y cargarla como si no fuera suficiente ya el peso de su mochila. Una piedra por la culpa, otra por la angustia, otra por el rechazo y la más pesada de todas, tan pesada que apenas podía moverse para avanzar junto a las demás.

Sentí que alguien me cinchó la mochila de atrás y al girar para verle dijo enérgicamente:

—¡Nos olvidamos de la flauta y el cuaderno pentagramado!

Era una niña de nueve años con el cabello largo y pantalones deportivos rosados.

—Yo sin la flauta no me voy —repitió, y antes de que pudiera responder que ya no daba el tiempo, se perdió de vista desandando el camino, corriendo en busca de su instrumento favorito.

Llegamos a la terminal, me esperaron sentadas mientras compraba los pasajes, los repartí mientras escuchábamos hablar a la muchacha de quince años vestida con chaleco de rombos, accesorios coloridos y el pelo lacio por los hombros. Hablaba de sentirse viva y perder el miedo de ser ella misma. Hablaba de la playa y las estrellas, las charlas junto a la ventana y el amanecer. Hablaba de sus miedos evaporándose y de las vías del tren, de las mariposas revoloteando por su estómago, de la calma y la intensidad. Hablaba de sus latidos, su respiración, sus deseos y sus emociones posadas ciegamente sobre las manos de otro ser. Hablaba de la vida, hablaba del amor.

Todas parecían escucharla con cautela, temerarias de dejar escapar una palabra capaz de arrugar aquel inocente sentir; el cual, por razones diferentes para cada una, todas se dispusieron a proteger. Todas, hasta que la chica de la mochila de piedra se

levantó rumbo al baño, antes de dejar que su rencor manchara la candidez que tenía delante.

Entonces, la mayor de ellas se animó a alegar y habló; nos contó sobre el afecto, los planes, la contención, el presente, el futuro y las cartas de amor. Ambas hablaban simulando una enorme seguridad, ambas se miraban a los ojos sin dejar delatar en sus miradas lo mucho que anhelaban la estabilidad o la adrenalina que veían en la otra. Creí que debía intervenir, respaldar a la mayor, pero eso lastimaría a la menor y no me sentí capaz de hacerlo. Permanecí en silencio observando la escena, pensando en reconciliarlas, pues no existiría una sin la otra y finalmente todas formaban parte de la persona en quien me terminé convirtiendo.

De pronto se escucharon risas. Era un grupo de amigas copiando acentos extranjeros, a cuál más parecido que el otro, mientras entraban trasnochadas a la terminal. Se acercó ella, guitarra al hombro y me la entregó, me pidió que la llevara y que nunca dejara de cantar. Luego se dio media vuelta y se perdió nuevamente con sus amigas entre las calles amanecidas al ritmo y paso de una canción de rock nacional.

Faltaban apenas cinco minutos para partir, las mochilas de todas se desbordaban y me fueron pasando sus pertenencias para que las guardara en mi bolso. Me entregaron sus cuadernos de cuentos, sus dibujos y su creatividad, sus DVD con películas y el librito de matemática con el que aprendí a sumar y restar. Me tendieron los moldes con los que mi abuela materna me enseñó a hacer ropa para muñecas y un montón de fotos en la aldea El Mango, en Guatemala. Me pasaron la máscara de colombina, los libretos de teatro y los primeros poemas, enfatizando en que nunca

dejara de escribir. Me alcanzaron varios libros, las fotos yendo de escuela en escuela con la biblioteca infantil-juvenil BIPMO y el sueño de que la literatura fuese igualmente accesible para todas las personas. También las zapatillas y la malla de ballet, junto al deseo de volver a bailar. Por último, me dieron algunas fotos más y varios miles de recuerdos, todos entraron en el bolso.

Caminando hacia los andenes se acercó la mayor y, antes de que hiciera la pregunta que su rostro acusaba, nos abrazamos y le dije que sí, que había elegido bien y debía dejar el miedo a un costado, que su sentir no se haría polvo entre sus dedos ni se escurriría por sus manos, porque su amor también era el mío, esperándonos en Montevideo.

Cuando mostré el pasaje al guarda todas se evaporaron y, sin embargo, estaban ahí, más presentes que nunca; presentes en mi piel, en mis pasos y en mi forma de mirar. Ellas se habían ido, pero mi familia estaba ahí y su cariño fue lo último antes de partir.

# LOLITA

---

Lorena Rosas

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Hola, les quiero contar mi experiencia como mujer afrotrans en situación de encierro y en plena rehabilitación. Ya me encuentro en la universidad. Desde mi perspectiva, estar en la universidad es una de las cosas que me tienen más contenta en estos momentos. Lastimosamente, tener que estar en situación de encierro para poder llegar a la universidad me parece un poco loco, pero es así. Las oportunidades para mí no se dieron en la calle, sino en esta situación de encierro. He hecho todo el proceso en la cárcel estudiando y rehabilitándome. Mi situación no es tan común, como mujer afrotrans, la vida no ha sido muy buena conmigo, pero me quedo con lo mejor, que es lo que estoy haciendo ahora: formarme para el futuro.

Yo ya tengo 41 años y tengo muchos planes, como seguir estudiando hasta recibirme, pero me lo voy a tomar con calma, ya que la carrera es de cuatro años. También tengo otras cosas programadas para este tiempo: debo viajar a Brasil, a San Pablo, para hacer un curso sobre reducción de daños (drogas, calle, violencia, género). Esto se dio porque participo en un colectivo de mujeres afrodescendientes en el que defendemos nuestros

derechos. Somos un grupo diverso y también político que se llama Mizangas. Yo fui una de las primeras mujeres trans con cambio de nombre y sexo registral. También participé en la elaboración de un borrador para la ley trans; fuimos tres mujeres las que hablamos en primera persona sobre nuestras vidas y cómo fuimos excluidas de la sociedad. En ese entonces, yo era una de las más jóvenes, con experiencias distintas, porque, como bien saben, antes las mujeres trans no solían vivir más de cuarenta años. Hemos apoyado otras leyes, como la de afrodescendencia, entre otras.

También les cuento que estuve en situación de calle y viviendo en refugios. Fui adicta a drogas como la pasta base, pero ya estoy recuperada y con otros horizontes en mi vida. Les cuento también que coordiné unos talleres con una red del Mercosur. Trabajamos durante una semana con mujeres de los refugios, abordando diferentes temas y dinámicas. También pudimos compartir desayunos, almuerzos y meriendas, colaborando con la coordinación del Mercosur en temas de calle, violencia, drogas y género. Ahí fui invitada a una mesa redonda del Mercosur sobre derechos humanos, con presencia de la onu, y a una mesa de intercambio sobre mi vida como mujer afrotrans, para contar mis experiencias en la calle y el trabajo sexual, y quedé como representante de Uruguay. Por eso voy a impartir ese curso en San Pablo y regresaré como directora de ese sector, ya que puedo hablar desde mi experiencia. Por eso también quiero ser trabajadora social.

Este año fue muy lindo, pero a la vez difícil, porque no es nada fácil estudiar en estas condiciones de encierro, pero tampoco es tan inalcanzable: lo que uno se propone lo puede conseguir. En mi caso, eso es la universidad. Ya me cambió y me sigue cambiando

todos los días en diferentes sentidos: en mi manera de pensar, de comunicarme y de expresarme asertivamente. Recién estoy empezando y siento que me voy adaptando y gestionándome sola como puedo. También es difícil, pero no imposible, aunque está en juego la competencia y no hay mucho compañerismo. También estoy lidiando con esos temas: todos, o la mayoría, están aquí para redimirse (lo cual no veo mal), pero yo estoy aprovechando esta oportunidad, que es única, y me encanta esta carrera. Esta experiencia es algo muy lindo que no pude hacer en su debido tiempo y forma. En mi adolescencia, fui expulsada del liceo por mi identidad de género y mi raza. Ya es tiempo para prepararme para el afuera, seguir formándome y salir lista para retomar todos los cambios en mi vida.

Tengo mucha ansiedad también, porque la mitad de mi familia está en San Pablo, donde voy a hacer el curso, y la otra mitad está acá, en Montevideo. Recién estoy retomando contacto con todos ellos. Para mí, su cercanía es un apoyo sentimental necesario para poder seguir adelante y disfrutar de lo que hago. Me gusta mucho ayudar a quienes de verdad lo necesitan, porque yo sé lo que es no tener nada y también sé lo que es tenerlo todo (materialmente hablando). Pero lo principal también es el amor propio, el deseo de salir adelante y el amor familiar, que es fundamental para poder continuar.

Esta es mi historia real; espero haber sido clara y que les guste mi historia de vida. Gracias.

# UN LEGADO

Inés Silva

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Caminé aferrando mi mochila, mirando los nombres de las calles para poder ubicarme, me pasé un poco, tuve que volver. Tenía una mezcla de emociones enormes mientras caminaba por las ruidosas calles de Montevideo, tan distintas a las de mi barrio, tan ajenas a mí. Finalmente encontré la dirección y el gran edificio de Ciencias Sociales quedó inmenso ante mí. Estaba nerviosa, sin mis amigas, con un mundo desconocido esperando atrás de esas puertas, con un poco de miedo, pero a la vez una sensación inexplicable de compañía, lo tenía claro: no llegaba sola. Cada paso que daba, arrastraba siglos de pasos no dados.

Era 1945, una joven cargaba un bebé que no era suyo, mientras preparaba una comida que no iba a comer. Los días eran largos y cansadores, pero no podía quejarse, al menos tenía techo y un plato de comida. María cerraba los ojos y pensaba en su mamá en el campo, en sus hermanitos, en la vida que había dejado por la promesa de algo mejor.

La señora de la casa tenía horarios muy estrictos, y la comida tenía que estar lista para el mediodía, pero ese día el bebé había llorado mucho y estaba retrasada. Con el pequeño aún aferrado a sus brazos,

sirvió los platos y los puso en la mesa, esperó al menos una mirada, un gesto de agradecimiento, pero no llegó, así que agachó la cabeza y se dirigió al segundo piso a intentar que el bebé durmiera un rato.

Mientras paseaba al pequeño por los pasillos susurrando canciones dulces, sus ojos se desviaron a la puerta abierta de la biblioteca, la inmensa cantidad de libros la maravillaba cada vez, soñaba con poder tener uno, solo uno, un ratito. Pero sabía que no había tiempo para soñar, no le correspondía, el bebé se había dormido y ella tenía que bajar a levantar la mesa.

Ni siquiera conocía la palabra *injusticia*, no había lugar para imaginar otra vida, pero sin saberlo, estaba abriendo un caminito.

Corrían los años setenta, la hija de María cargaba una bebé que sí era suya, cocinando una comida que sí iba a comer. Su esposo llegaba en media hora, y a Elena le gustaba tener todo listo para cenar juntos. El día había sido largo y agotador, no salía mucho de la casa porque afuera las cosas estaban complicadas. Vivía con miedo, pero no lo decía. Su esposo llegaba todos los días con historias nuevas, la mayoría le ponían los pelos de punta, y Elena tenía opiniones que jamás serían escuchadas.

Ocupaba su día en las tareas del hogar y el cuidado de sus dos hijos, era una mamá muy atenta, una buena esposa, estaba en todos los detalles, porque si se portaba bien, a veces su esposo le regalaba un libro usado. Tenía un pequeño montoncito de libros que no había elegido, pero que cuidaba como un tesoro, los leía una y otra vez, algunos ya se los sabía de memoria, eran un pequeño lugar que le pertenecía solo a ella, y aunque a veces pasaba días enteros sin tener cinco minutos para abrir uno, sabía que siempre tenía un lugar seguro entre sus páginas.

Elena no opinaba. Elena no decidía. Elena no reclamaba cuando algo era injusto. Pero Elena soñaba, a diferencia de su mamá, Elena creía que algo distinto era posible.

Era 1992, la nieta de María, hija de Elena, acababa de salir de trabajar ocho horas ayudando en una peluquería, le dolían las manos, pero podía llevar unos pesos para ayudar en casa. Su padre había muerto cuando ella era una niña, no le habían dicho por qué, pero un poco se imaginaba. Laura y su hermano habían abandonado los estudios hacía rato, la plata no daba para nada y a los más grandes les había tocado salir a buscar el peso para que los más chicos no pasaran hambre.

Laura no estaba teniendo un buen día, se había encontrado con una amiga del liceo que le contó que empezó la facultad. Laura sintió envidia y se volvió a su casa con un nudo en la garganta y una sensación de injusticia que no se le iba con nada. «A los pobres no nos toca, mi amor», le dijo su mamá, y ella pudo notar en sus ojos el dolor de no haberle podido dar la oportunidad de una vida distinta, Laura sonrió y se tragó el dolor, la familia estaba primero, quizás si se esforzaba mucho y trabajaba más, alguno de sus hermanos más chiquitos podía lograrlo. Algún día a los pobres también les iba a tocar.

Es 2025 y yo, bisnieta de María, nieta de Elena, hija de Laura, cruzo por primera vez la puerta de la universidad. Con el corazón acelerado y llevando conmigo siglos de pasos negados. No como una carga. Como un legado. Con todas mis ancestras a mi espalda y en mi corazón. Por todas las mujeres que antes no pudieron, por las que lo soñaron y por las que ni siquiera se atrevieron a eso. Ellas fueron mi puente, hoy no entro sola, hoy entro por todas.

# LOS PRIMEROS SONIDOS

---

Taline Pontes

FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO

Ha llegado mi turno. Me levanto despacio.

Las piernas no me tiemblan —mi cuerpo ya tiene incorporado el discomfort—.

No sé qué decir. Nos pidieron decir quiénes somos, como si cupiéramos en una hoja A4.

Intenté hablar.

La voz por fin salió. Sorprendió a todos —hasta a mí—.

Era una voz con bagaje que la cara todavía no mostraba.

Una voz que estuvo atrapada tanto tiempo y ahora sale sin pasar por coladores, sin preocuparse por pedir permiso.

—Soy Clara... —empecé, pero enseguida sentí que no soy esa frase.

Un nombre es apenas una etiqueta.

Soy lo que quedó oculto detrás de los días que no pasaban.

Intenté expresar eso, pero mi cuerpo me sabotó con frases comprensibles.

—Me gusta dibujar. Y... el silencio.

¡Maldito cuerpo!

La gente cree que es la mente la que manda, pero es el cuerpo quien toma el control mientras estamos enteramente perdidos en nuestros propios infiernos.

Escupió esas palabras para hacerme parecer más como ellos. No me gusta el silencio. En realidad, lo odio.  
Fui obligada a convivir con él demasiado tiempo.  
Él me moldeó. Me hirió. Y ahora expongo sus marcas como forma de rebelarme contra esta dependencia química de no poder soportar el ruido.  
Miré alrededor. Nadie resopló.  
Parecieron conformes con mi presentación inútil.  
No pude decir lo que realmente veo en sus miradas vacías: que no existen, que son apenas eco.  
El profesor agradeció.  
Sonreí. Me senté.  
Después me disolví entre la masa, fragmentada en mi tormenta silenciosa, hasta notar que el primer día de clase había terminado.  
Finalmente me voy para casa.  
Por ahora.  
No era un grupo.  
Eran nombres pegados en un archivo compartido.  
Yo no formaba parte. No me habían convocado para esa tortura.  
Tengo un papel con la firma del médico.  
Los códigos y letras se traducen en que no tengo que fingir que encajo en un grupo.  
Sería un pase VIP a la soledad.  
Un derecho a no encajar.  
Esperé mi turno sentada.  
Mientras, miraba el circo.  
El increíble caso de sonrisas sin alma, seguido por frentes fruncidas danzantes.

Algunos artistas mostraban confianza fingida, otros olían a pavor. Pero lo que más me llamó la atención fue que algunas voces eran tan bajas que casi se podía escuchar el silencio.

La incomodidad en el aire me hizo sentir como en un funeral.

Yo observaba todo eso. Y dibujaba mentalmente lo que había detrás de sus máscaras. Cuando el profesor dijo mi nombre, me levanté sin sorpresa.

Sabía que este momento llegaría.

—No traje powerpoint —dije.

Silencio.

La reacción esperada ante el inesperado desconcierto colectivo.

Ese tipo de silencio que juzga sin pronunciar.

—Traje esto —dije levantando una hoja A4 de papel Canson.

Era un dibujo.

En la hoja, una mujer con la boca abierta, pero en lugar de palabras le salían cuervos muertos.

Lo mostré como se muestran las heridas: con rapidez y a la defensiva.

Lo bajé antes de que alguien pudiera mirarlo demasiado.

—No sé si esto cuenta como presentación, pero... —quise justificar mis elecciones, seguir el guion que esperan los profes.

Pero no tengo un guion correcto.

Solo tengo esto.

Pausa.

No me aplaudieron.

No me preguntaron nada.

Pero el profesor —que pensé como uno más de la masa— me miró como si hubiera entendido algo.

No comentó nada.

Solo dijo:  
—Gracias, Clara.  
Y eso fue suficiente.  
Por ahora.  
No me acuerdo de su nombre.  
O no me lo había dicho todavía.  
Solo sé que me ofreció un chocolate.  
Así, sin palabras.  
Como si eso fuera suficiente para empezar algo.  
Yo no acepto cosas de extraños.  
Eso lo tengo aprendido.  
Pero ese gesto —silencioso, sin exigencia— no parecía peligroso.  
No insistía.  
Solo ofrecía.  
Lo miré.  
No a la persona. Al chocolate.  
Era de esos que vienen con la fiebre de las figuritas coleccionables.  
Mis dedos lo tomaron antes de que pudiera recordar mis reglas.  
¡Maldito cuerpo!  
Capaz no fue solo el cuerpo el culpable esta vez.  
No me gusta admitirlo, pero los compraba solo por las figuritas.  
Había un tremendo trabajo artístico en cada una de ellas.  
—Gracias —dije con la voz áspera de quien no habla con nadie  
hace horas.  
—Te vi dibujar el otro día —dijo.  
Esa frase debería haberme hecho cerrar como una sensitiva al  
ser tocada.  
Pero algo en su tono...

No había juicio.

Ni intromisión.

Solo una especie de... presencia.

No supe qué responder.

Así que dije lo más neutro posible:

—Ta.

Él no se fue. Tampoco habló. Se quedó al lado, abriendo su chocolate, sacando la figurita con cuidado, como si eso fuera una contraseña compartida.

Parecía cómodo.

No entiendo a la gente que se siente confortable con el silencio.

Era como un perro callejero que se siente libre para estar donde le conviene.

Pasaron minutos. O siglos.

No dije nada. Él tampoco.

Pero el silencio no era igual al de la sala de presentaciones.

Era como un espacio vacío que no exigía ser llenado.

Entonces me escuché a mí misma decir:

—No me gustan estos chocolates.

Me miró y sonrió.

Una sonrisa corta.

Como las que uno se permite cuando está triste y algo bueno le pasa.

—A mí tampoco —dijo.

—Entonces, ¿por qué me diste uno? —pregunté.

Tardó en responder.

—Porque a veces uno ofrece lo que le gustaría recibir.

Silencio.

La frase resonó como un eco interminable.  
Lo miré con más atención.  
Era uno de los que hablaba bajito.  
Por primera vez desde que empezó el semestre, sentí algo parecido a compañía.  
No amistad.  
No confianza.  
Pero una grieta.  
Un lugarcito por donde podría entrar el aire.  
No le pregunté su nombre.  
Él tampoco me lo pidió.  
Solo nos quedamos ahí, hojeando figuritas, bajo un sol suave de otoño.  
Y fue todo.  
Por ahora.  
No sé cuándo empezó. Solo noté los efectos. Como cuando un dibujo comienza con una línea errada que, sin querer, termina siendo el centro de todo.  
Un día me descubrí riendo.  
No fue una risa interna. Fue de esas que se escapan hasta por los ojos.  
Milly contó un evento absurdo de sus gatos atacando su bici y yo me reí.  
Como si mi cuerpo hubiera decidido, por su cuenta, que estaba permitido.  
La gente empezó a tener nombre. Ya no eran masa. Eran piezas, como partes de un rompecabezas que nunca encajará perfecto, pero que igual crea formas.

Me di cuenta de que ya no necesitaba tanto mi papel con la firma del médico.

A veces, seguía sacándolo de la mochila, como quien toca una cicatriz para recordar que sigue ahí, pero no lo mostré más.

No fui solo yo la que cambió. De alguna forma, mi manera de ser — áspera, callada, cruda— dijo algo. Y parece que algunos escucharon. Pauli, la compañera de los zapatos brillantes y uñas violetas, mostró un collage en vez de leer el ensayo. Dijo que no encontró palabras para explicar lo que sentía, entonces probó otra forma de comunicarse. Me buscó en la mirada y, por un segundo, hablamos el mismo idioma.

El profesor de mi primera presentación usó la palabra *autenticidad* en la última clase. Dijo que a veces enseñar es quitar el miedo de mostrar quién uno es. No me miró directamente, pero sentí que ese mensaje venía con destino.

Al final del año, hicimos una entrega grupal. Sí, grupal. Nadie me obligó.

Fui yo quien dijo «puedo sumarme, si quieren». Y quisieron. O al menos no dijeron que no.

Trabajé con ellos. Discutimos ideas. Me peleé con uno. Tomamos mate. Nos reímos. Y entregamos algo decente. No fue perfecto. Tampoco lo busco.

Todavía no confío del todo. Ni en ellos, ni en mí, ni en el mundo.

Pero tengo un conjunto de pequeños primeros cariñosamente guardados: la primera vez que hablé, la primera vez que alguien me entendió, el primer chocolate con figurita compartido, el primer día que me sentí parte y ahora... mi primer año terminado.

En la última semana, hice un nuevo dibujo. Más grande. Más claro. La misma mujer de la primera presentación. Aunque ahora, en vez de cuervos muertos, le salían aves vivas de la boca. No volaban en línea, no eran perfectas, pero estaban vivas. Y se alejaban, torpes y hermosas, como si recién aprendieran a volar.

En la tarde, cuando el pasillo estaba vacío, lo pegué en la pared. Me quedé ahí, fingiendo que mandaba un mensaje, mientras observaba. Pasó un chico. Miró. Se detuvo. Siguió. Después, una chica. Tocó el papel, como quien comprueba que algo es real.

No dejé mi nombre, pero algunos sabrán. Y otros lo sentirán.

No sé qué viene después.

Pero poco a poco dejo que la luz entre por esas pequeñas grietas.

Por primera vez, el miedo se diluye.

Y eso basta, por ahora.



**POESÍA**

LLEGO Y TE CUENTO



# LA LLUVIA QUE YA NO MOJA

1.<sup>ER</sup> PREMIO

---

Sabrina Hernandez

FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO

La primera vez olía a nervios y a cuartel, una mezcla rara de ser quien soy y de quien quisiera ser. Las esperanzas son menos cuando no se sale ni se ve el sol, pero las ganas de volver a ser esa niña llena de sueños es mi más preciada ilusión.

La cárcel es como cuando te agarra la lluvia lejos de tu hogar, en una calle desolada, sin un lugar donde refugiarte. ¡Ya es tarde, te mojaste! Lo único que queda es caminar, lo más firme para no caerte, lo más rápido para llegar a ese lugar cálido que te llena de felicidad.

La primera vez tiene algo que tienen todas las primeras veces, ese olor a alegría o a fracaso, mucha expectativa y pocos saberes.

Luego de enterrar mi nariz en este olor a tristeza, y de que mis ojos llorosos no vieran el ocaso, la facultad me saca unas horas de lo que es mi peor fracaso, con temor y despacio, la lluvia parece estar cesando... o tal vez, para mí, ya no moja tanto, porque esa niña llena de sueños se está asomando.

# MI MADRE NO ENTIENDE

2.º PREMIO

Clara Muse

FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

Antes no me ayudaba con los deberes,  
a veces porque no tenía tiempo,  
a veces porque tampoco los entendía.  
Lloro en otro departamento y no se entera  
de lo difícil que es estar lejos  
y que muchas veces yo ya no entiendo tampoco.  
Mi madre no entiende.  
No entiende porque nunca perdió un parcial  
y no entiende lo que significa.  
Mi madre no entiende por más que quiera  
cómo funcionan los créditos,  
lo que es una previatura,  
mi madre no entiende y yo a veces tampoco.  
Mi madre no entiende y no me puede explicar.  
Ya tampoco me puede acompañar.  
Mi madre no entiende, aunque quiere  
que termine lo que ella no pudo empezar  
y la carga que supone llevar su frustración,  
con las expectativas que tiene

y que sin entender necesita que cumpla  
por mí, pero más por ella.  
Mi madre no entiende que a veces no puedo  
y no puede entender por qué no puedo  
porque siempre pude más que ella.  
Porque mi madre no entendía, pero siempre quiso entender  
y acompañar  
y ayudar.  
Pero ahora, como no entiende,  
no puede acompañar ni ayudar,  
y yo no puedo  
porque lo que ella fue está lejos de lo que quiere que yo sea.  
Mi madre no entiende,  
y nadie más materna  
a un adulto  
con tan poca experiencia  
en este mundo tan nuevo.

# DE VUELTA

Martina García

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Di un paso,  
confiada,  
sonriendo.

Caí de un barranco de ideales,  
y me estampé de cara contra el desinterés,  
el sentir que hice lo que otros querían,  
lo correcto,

esperable.

Era el personaje secundario de mi propia vida.  
Seis años de una montaña de un país extranjero.  
Un año duré en esa caída.

Me levanté machucada,  
sangrando y llorando  
sin que nadie me viera.

Caminé por el barro frustrada,  
estaba convencida de escapar de esa suciedad.  
«¿Por qué?» era lo que siempre estaba presente.  
Elegí porque sí, porque me pintó.

Mirando a todos, preguntando a los cercanos,  
nadie decía nada,

ni me miraban.

Les regalé mi tiempo como ofrenda,  
cual dioses.

Ahora estoy libre.

Tengo tiempo.

Miro la nueva montaña,  
no hay un impulso externo,  
y abajo hay un jardín de flores.

Libre albedrío de ir por lo rocoso  
o por el camino ya pisado.

Me ato mis champions favoritos, limpios,  
y subo.

El silencio es mi mayor amigo,  
me muevo.

Tendré treinta y pico cuando termine la subida,  
pero estoy eligiendo.

# ENTRE PAÑALES Y APUNTES

---

Giuliana Ferreira

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Desde Canelones salgo volando,  
el bondi me lleva, yo voy soñando  
y muchas veces almorzando.  
Con mate en la mano y el pelo atado,  
el día comienza, todo apurado.

Trabajo cuidando un bebé chiquitito,  
que ríe, que llora, que duerme bajito.  
Cambio pañales, le invento canciones,  
mientras por dentro guardo ilusiones.

En casa el desorden marca el compás,  
pero mis ganas siempre pueden más.  
La mochila al hombro, salgo a luchar,  
porque en Sociales me quiero quedar.

El primer día fue duro y eterno,  
llegué de regreso casi al invierno.  
Las calles ajenas, la noche cerrada  
y yo con el alma algo desgastada.

No conocía a nadie en el lugar,  
sentía que no iba a encajar.  
Pero algo en esa facultad  
me abrazó sin decir una verdad.

Aunque llego directo del trabajo,  
con el cuerpo cansado y sin atajo,  
hay algo que en mí se despierta  
cuando cruzo su puerta abierta.

De a poco nacieron las amistades,  
palabras sinceras, complicidades.  
Y aunque el camino es a veces incierto,  
mi sueño camina, siempre despierto.

Hoy sé que no estoy sola en la ruta,  
que hay fuerza en cada lucha absoluta.  
Y entre pañales, libros y viajes,  
yo sigo firme, sin darme un margen.

Porque esta historia es la que elijo contar,  
hecha de esfuerzo, ganas de avanzar.  
Y aunque a veces parezca difícil subir,  
yo vine hasta acá para no desistir.

# MAPA SIN ESCALA

---

Penélope Rubido

FACULTAD DE VETERINARIA

Un día firmé mi nombre  
en una hoja que no sabía mi historia.  
Una ciudad me abrió los ojos  
sin prometer abrigo ni consuelo.

Valija flaca, sueños gordos,  
mamá llorando en la terminal,  
yo fingiendo que no dolía  
con el miedo bien doblado entre los abrigos.

La facultad era un monstruo de cemento  
con pasillos que hablaban varios idiomas,  
gente que sabía caminar como si nada  
y yo contando escalones como rezos.

El primer mate con desconocidos.  
El primer apunte subrayado al azar.  
El primer profe que habló en jeroglíficos.  
El primer *¿qué hago acá?*

Pero también  
la risa que se coló en una clase aburrida,  
la mano que ofreció su resumen,  
las charlas eternas con olor a fideos recalentados,  
el grupo que se armó sin querer.

Me volví cartógrafa de mis propias derrotas:  
un parcial rendido sin dormir,  
un final aprobado llorando en el baño,  
un *no llego* transformado en *acá estoy*.

Y entendí  
que la universidad no es un lugar:  
es una forma de estar perdida  
y aun así seguir caminando.

# INVISIBLE

---

Renata Renee

FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

Por ahí dirían ¿que ves cuando me ves?  
Yo digo ¿me ves?  
Escucho lo disparatado, soy testigo.  
Esa historia que me cuentan no es la que vivo.  
Rompecabezas infinito de pedacitos perdidos.  
¿Es mi obligación educar a quien me educa?  
Sí no digo nada, lo permito.  
Esa no es mi historia, insisto.  
¿No ves mi color de piel? ¿No sabes lo que te digo?  
De dioses, reinas y reyes descendiendo.  
De millones de muertos vivos.  
Les agradezco día a día, soy prueba viviente.  
Soy poderosa, fuerte, tierna y resiliente.  
Quiero creer en el camino que sigo.  
Quiero creer que todos ustedes caminan conmigo.  
Ya no pido permiso, ahora lo exijo.  
La ironía es que si no me ves  
no existo.

# SOLITARIA AUTOGESTIÓN

Mauro Mattos

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y ADMINISTRACIÓN

## 0001

me inmerjo en un singular diálogo  
con la computadora  
un clic por aquí  
otro clic por allá  
mis dedos adquieren vida propia  
interminables formularios  
miles de casillas  
una base de datos  
que sabe más de mí  
que yo mismo

## 0010

un lugar en ningún lugar  
(el sueño húmedo del técnico  
del programador)  
microchips y transistores  
configuran una sinapsis  
cibernética que me enlaza a la universidad  
ha nacido el bedel-quimera  
que en sus espacios comprimidos  
procesa la impasible y distante  
autogestión

# VERSOS DE UN FORASTERO

---

Fiorella Martino

FACULTAD DE MEDICINA

Salí del pueblo una tarde cualquiera,  
la mochila al hombro, la panza sincera.  
Mi madre lloró y me dijo: «¡Cuidate!»,  
y yo: «Te juro que voy a cuidarme».

Montevideo me abrió como un libro,  
con ruido, semáforos y un suspiro.  
Todo era tan grande, gris y apurado,  
yo era un mosquito recién despertado.

El cuarto era chico, las camas sonaban,  
los platos se amontonaban y no se lavaban.  
Un día discutimos por el jabón  
y al otro brindábamos con fernet y cartón.

La facultad me pareció un castillo,  
de esos sin mapa, sin rumbo, sin brillo.  
Busqué mi clase y la encontré sudado,  
¡estaban hablando en chino avanzado!

Los apuntes volaban como mariposas,  
el mate un consuelo, las noches hermosas.  
Estudiábamos juntos, a veces en ronda,  
y alguien gritaba: «¡Traje torta de monda!».

Aprendí a vivir con menos vergüenza,  
a pedir ayuda, a tener paciencia.  
A usar dos ollas y no hacer desastre,  
a entender que el arroz no se cuece con arte.

Extrañé el campo, el perro y la siesta,  
el pan con manteca, la vieja revista.  
Pero también descubrí otra versión,  
una ciudad mágica en cada rincón.

El parque de noche, los bares sin nombre,  
la rambla que escucha y nunca responde.  
Un banco, un cuaderno, la luna testigo,  
y el viento diciendo: «Ya no estás tan perdido».

Volví al pueblo por fin en verano,  
me abrazaron fuerte, pan casero en la mano.  
Pero algo en mí se sentía distinto,  
como si mi alma tuviera otro instinto.

Montevideo, gritón y sincero,  
me enseñó a caer, pero a pararme primero.  
Ser forastero, pensé con razón,  
es perder el miedo... y ganar corazón.

# MORFEO

---

Abril López

FACULTAD DE ARTES

La melodía suavemente  
me eleva desde el inconsciente  
como una tormenta de caos  
que aparece de repente.

Me arranca de *sus* brazos  
y me empuja lentamente  
a que comience la rutina  
aunque me cueste.

Esa que nunca termina,  
que agota tu batería  
y que no deja tiempo  
para recuperar el aliento.

Con el sol aún escondido,  
la ciudad desolada y  
el frío aire como bofetada,  
corro a la parada más cercana

Una vez en mi asiento  
puedo acurrucarme en *su* pecho,  
Él convierte horas de viaje  
en un simple y corto momento.

Otra vez correr,  
esperar y buscar asiento.  
Mis ojos comienzan a arder  
al intentar hilar mis pensamientos,

no pudo dejarme ir  
aunque *su* llamado me invite a dormir,  
llegando a las apuradas  
Dejando mis zapatos en la entrada,

el silencio inunda el 423  
y la clase comienza,  
danzando una y otra vez  
según la propuesta.

Después del almuerzo  
quiero *verlo* en mis sueños,  
mas el resto de la rutina  
debo seguir para terminar el día.

Una voz armoniosa  
en el 318 dicta la clase,  
con una fuerza poderosa  
hace que cualquiera caiga en ese viaje.

Por primera vez en la jornada  
puedo caminar despreocupada,  
llegando a las tres cruces  
se van encendiendo las luces.

Una hora más de espera  
en lo que el ómnibus llega,  
y durante todo el camino  
él está conmigo.

Mi familia me espera  
con la cena servida  
y yo solo pienso en mi cama,  
en la cual voy a caer desmayada.

Y al tocar mi almohada  
él toma su forma humana,  
dejándome ver su creación,  
acompañada de esa suave canción.

# LOS QUE SALDRÁN

---

Gabriel García Berriel

FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

Sí, marchamos hacia el alma máter,  
y sentados en el conocimiento,  
al oficio del descubrimiento  
cantamos, aunque suena inefable.

La calle no es la clase, no, no será;  
cada cual camina con lo que calza:  
botas, Vans y All Stars van cansadas,  
y los sintecho miran, no piden pan.

Ahí va, primer universitario,  
el que también fue el primer liceal  
de la familia, lleva el escapulario.

Sus dos santos: futuro y espiral,  
la base y condición del bestiario  
con el que estudiarán los que saldrán.

# TENGO 20 AÑOS

---

Priscila Morán

FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

Todo lo que fui,  
ya no soy.  
Todo lo que seré,  
aún no soy.  
Soy solo  
yo,  
hoy.

# RECALENTAR

---

Marcela de Andrea

FACULTAD DE ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO

de marzos y abrils fragmentados como los retazos de un  
pasado congelado que hoy me inunda  
interlineado 1.5, arial 11, composición desprendida del capítulo  
01: viruta y cera memorable y atroz villano marca su aparición  
súbitamente  
como huésped inesperado se instala causando caos al  
mediodía, mi mediodía fragilidad perpetua e invisibilizada  
del ordenamiento y ficción de humano; normalizado, medido,  
petrificado, al freezer de nuevo.  
becada para (sobre)vivir. sobrevinieron para ver si vivo y por  
cuánto. becas entonces las estrategias que alimentasen el  
vicio de mantenerme viva sin ser especial  
la diosa fortuna, diez ángeles guardianes, siete vidas cada uno  
y muchas ganas de apostar. alegrías concedidas convinieron  
convertirse en agonía por golpe de azar. degradadas e  
instaladas en tan solo trece días. semana y seis de ese  
mediodía, emergencia internacional la sanitaria, el 19,  
microscópica la escala del problema máximo, último, antisocial  
adecuamiento de cuerpo sin sitio. salida de casa parcial;

piel hecha de encuentros privados. en claros que habilitó el  
deshielo vacía la zona intermedia, escarchas de un tupper a  
medio lavar

nos confinan! nos condenan? nos protegen!? y me voy. me  
devuelvo al sitio del que había venido y parece que nunca me  
fui. porque mi espíritu vive del jet lag. en jet lag. de vacación.  
cristalizado; como intuyendo el caos de lo invisible ya solo  
un ángel me acompañó. distancias absurdas se agrupan en  
diferente sur.

invitan por código morse a vestirse ajena: otra. como mi piel de  
entonces. y me da igual. sin uniforme, desnudo de repente mi  
órgano más grande y me dispongo a incorporarme, vistiéndome  
también por partes, aún heterogénea, a un grupo virtual.  
devino el ciclo de la carcasa diaria; caracola y habitación  
oculta; paso cerrojo muteada por la ansiedad social extraño el  
vínculo con la realidad. siendo, en general, menos real que el  
previo.

avanzo. avanza. tira en lo pegajoso de un espacio que cuelga,  
colgó y pende, ciñéndose sobre nuestras cabezas y corazones  
a un siglo de distancia ya, casi V del XX donde me vuelvo  
chiquitita y en el sueño me pongo a caminar.

por las paredes, evito vértices de un vacío gravitacional y salto  
para agarrarme fuerte a un yuyito en el cual espero a la espera  
de quien está esperando sin esperar nada anormal y que  
espere conmigo

que el freezer reabra y el micro vuelva a rodar. para dejarnos de  
*pre* en toda palabra con *re* y ya sin *proto*. en otro departamento,  
geografía costera me mira, la miro y: casi es mar. curado —o

roto— el hermetismo, (re)abro el tupper entonces cerrado, y termino de fregar. pasillos vacíos se ocupan y allí vivo mi beca, mitad de ese ángel guardián.

cercano país que entonces mintió límite para correrse en dirección lejana,

proyecto entrado en limbo; inesperado ge(rme)n de un siglo singular.

colonizan las calles y yo actúo igual. gris, urbana. inserta de pronto en la trama que me distancia de la verde espera mientras mi socio favorito —amigo de confianza— llega casi a diario con el compromiso que le caracteriza por ser astro rey de la humanidad gentil y cálido deshielo deviene en xx que es XXI y el tiempo nos engulle a todas

cual acto mágico, saco de mi bolsillo un año de falsas grillas que hoy grillo para sostener el calor. heladas vuelven atrofiada en su tránsito la habilidad social.

desde tal órgano, ahora arraigado y llano, rechazo los abrazos conocidos hasta templar mi corazón y piel.

siempre para explotar, a punto de ser panadero y reviento en la primavera. por fin soy tubular al hombro, anaranjada y a lunares.

habito la urbe como conocedora. de mates, fotocopias y mandarinas para no desentonar, mantengo la paleta de color que me es natural.

de largas y tendidas tardes en pasillos aéreos, hermana con las copas de los árboles, me hamaco en medio del timbó, el jacarandá y un espinillo.

la brisa nos mece suave y yo..., congelo ahí

cedió naturalmente, comenzó a (se)dar el tiempo de nuevo y de golpe. volví a respirar

me encontré de pronto en el encuentro que trajo el deshielo. más mía, más nuestra. disuelta para develar vivaz el carácter de ese sueño mutuo, impuesto (anti)natural.

concebidas por fertilización in vitro. uni amiga amorfa gestándonos en su vientre virtual al expulsarnos, pensó en un acto de empatía en cómo parirnos de nuevo. se le pasó al tiempo que nos (des)enfermamos en choque abrupto, terapéutico, de contacto, presencial vuelta piedra mi incapacidad para encender la cámara —fruta de souvenir, sonrisa en boca— su gesto amoroso me salvó. (pre)compañero en pausa. par anterior, par otro. encuentro afable florece en lo convivencial. la tempestad vuelta en espacio rítmico nos abrazó y desde entonces nos abraza. conecta. expande... y fuimos red. red más allá de las formalidades. red en eso que es la humanidad.

nos contemplamos y contuvimos y construimos. nos ampliamos y devinimos sociedad hoy transitamos juntas. de más lejos, de más cerca. codo a codo, en lo incorporal. nacidas de cristales, convivencializadas y socializadas como hijas legítimas de la matriz virtual. nos reconocen y en ella inexistimos entre existentes en la existencia que hoy es real





# RELATO GRÁFICO

LLEGO Y TE CUENTO

# PASAJERO CLANDESTINO

1.ER PREMIO

Sofía Peti

FACULTAD DE ENFERMERÍA



Subo al ómnibus con el boleto aplastado entre los dedos. Ventana de la izquierda. El asiento vibra distinto cuando el viaje es más que un traslado.

En el bolsillo llevo una mudanza mínima: fotocopia de cédula, comprobante de inscripción, miedo.

Miro por la ventana y repito para adentro: **«Vas a poder, vas a poder»**. El cartel de Montevideo aparece, y no es un cartel. Es un zumbido en el pecho.

Me bajo sin saber bien a dónde voy. El Google Maps dice «Facultad», pero la calle parece no haberse enterado.

Camino tres cuadras con la sensación de estar desfasada, como si recién ahora el cuerpo llegara.

**Primer día.** Una profesora pregunta nombres, y yo tartamudeo el mío. Hay risas bajitas. Trago saliva. El boleto **está en el fondo de mi mochila**, y me dan ganas de tocarlo, como un **amuleto**.

No sé si pertenezco.

Todavía no.

## LÍNEA ESTE COPSA

COPSA  
210 149 53 00 13  
Av. Uruguay 1313, Mdeo.

Origen: CUCHILLA ALTA  
Destino: MONTEVIDEO TERMINAL TRES CRUCES

Fecha: viernes, 02 de mayo de 2020  
Hora: 13:37

Coché: 1 Asiento: 0  
Guarda: 1096

Valor Pasaje: \$221.00  
Tasa: \$0.00

**Total: \$221.00**

Tipo Pasaje: CARNET 20%  
Documento: 556554  
Pasaj. Aut.  
Forma Pago: Efectivo  
Nro Boleto: 8024-3903  
Turno: 22072 LAGUNA GARZÓN - 10:45  
Fecha Emisión: 02/05/2020 12:27

"El aula se parece a un andén"

### PROCESO DE ATENCIÓN

- Historia (Individuo, familia, comunidad)
- Valoración
- Diagnóstico
- Planificación
- Ejecución
- Evaluación

Fig. 34. The outer malleolus of the body.

### locación

denado, Sistémica, Integrar, Continuar, Dinámica  
capítulo: establecer un plan sobre las necesidades  
social, problemas de salud...

Evaluation

### práctico

diagnóstico enfermería ≠ médico  
diagnóstico médico se refiere a un proceso de enfermedad y es  
ado por un médico (hipertensión)

diagnóstico de enfermería se refiere a lo que las enfermeras  
ten tratar de forma independiente según su criterio. Describe la  
vesta física, sociocultural, psicológica y espiritual de un usuario/a  
na enfermedad o problema de salud. Seleccionar las intervenciones  
enfermería para lograr los resultados del paciente

problema de colaboración es una complicación que las  
enfermeras monitorean para detectar el inicio o los cambios en  
el estado.

Problema de salud  
Es etiológico

El aula huele a marcador viejo y ansiedad. Me siento **siempre en el mismo lugar**, como si eso me garantizara algo.

Me cuesta entender qué quiere decir *participativo*. Me tiento más mirar la ventana que mirar al frente. **Me da miedo** que me pregunten algo y no saber.

El chico de la otra fila toma apuntes con letra linda. Una compañera me presta un resaltador verde sin que yo se lo pida. Son las primeras microformas de cuidado.

Extraño **mi cuarto**. El silencio distinto de **mi casa**. El mate con mi novio mientras miramos una serie en la tele.

Pero empiezo a **repetir ciertas cosas**: una playlist para caminar hasta facultad, una biblioteca donde ya me saludan, un saludo torpe con una compañera que también repite banco.

Mi boleto está doblado dentro del cuaderno de apuntes. Lo toco a veces. Lo pasé de mochila a mochila, como quien guarda una semilla.

**No tengo certeza de nada**, pero me doy cuenta de que vine para quedarme. Aunque sea sin pasaje de vuelta.



La facultad tiene **sonidos propios**. No son como los del liceo.

Es un clic de computadoras que se prenden, una fotocopidora que tose, un montón de teclas que suenan como lluvia tímida.

Aprendí a leer silencios. El de quien no entendió, pero asiente igual. El de la que llora en el baño. El mío, que a veces suena como un grito sin boca.

**Pero también:**

- El «¿vamos a la cantina?» inesperado.
- La carcajada justo cuando apagás el video.
- El «**yo tampoco entendí nada**» que funciona como salvavidas.

Empecé a hablar más. A preguntar sin pedir disculpas. A tomar apuntes sin esperar a que alguien me confirme si están bien.

El boleto de ómnibus ahora está pegado en la tapa del cuaderno, como **una declaración de intenciones**.

Vine sin saber bien por qué, pero **algo en mí empezó a acomodarse**.

Como si el cuerpo hubiese llegado tarde, pero igual hubiese encontrado su asiento.

**LÍNEA ESTE**  
**COPSA**

COPSA  
210 149 53 00 13  
Av. Uruguay 1313, Mdeo.

Origen: CUCHILLA ALTA  
Destino: MONTEVIDEO TERMINAL TRES CRUCES  
Fecha: viernes, 02 de mayo de 2020  
Hora: 13:37

Coché: 1 Asiento 0  
Guarda: 1096

Valor Pasaje: \$221.00  
Tasa: \$0.00

**Total: \$221.00**

Tipo Pasaje: CARNET 20%  
Documento: 556554  
Pasaj. Aut.  
Forma Pago: Efectivo  
Nro Boleto: 8024-3903  
Turno: 22072 LAGUNA GARZÓN - 10:45  
Fecha Emisión: 02/05/2025 13:37



|                                   |                          |                            |  |   |
|-----------------------------------|--------------------------|----------------------------|--|---|
| Diagnósticos                      |                          |                            |  | X |
| Plan de acción                    |                          |                            |  | X |
| Evaluación                        |                          |                            |  | X |
| Plan de alta/Promoción prevención |                          |                            |  | X |
| Articulación teórico-práctica     |                          |                            |  | X |
| Tiempo de entrega                 | No cumple, descuenta 1 p |                            |  |   |
| ESCALA CONCEPTUAL                 | PUNTOS                   | Calificación obtenida      |  |   |
| Muy insuficiente                  | 5-8                      | 16                         |  |   |
| Insuficiente                      | 9-17                     | Fecha: 10/03/2025          |  |   |
| Aceptable                         | 18-21                    | Docente evaluador: Ayelkei |  |   |
| Bueno                             | 22-25                    |                            |  |   |
| MB                                | 26-29                    |                            |  |   |
| Excelente                         | 30-35                    |                            |  |   |

"lo que ya no me asusta"

esto está  
bien  
esto está  
MAL

**Dejé de tenerle miedo a algunas cosas:**

- A equivocarme delante de todos.
- A llegar tarde.
- A no entender de entrada.

Aprendí que a veces también se trata de quedarse. De bancarse un parcial perdido, una entrega olvidada, una discusión en grupo.

**Mis compañeras ya tienen nombre.** Yo ya tengo respuestas.

El boleto **sigue en mi mochila, aunque ya no lo necesito para moverme.**

Se volvió otra cosa: un pedazo de papel que me recuerda que **llegué con más dudas que certezas, pero no me fui.**

Que a pesar del frío, de la falta de plata, del caos de horarios, **me quedé.**

Que el viaje, aunque sin mapa, **fue mío.**

**LÍNEA ESTE**  
**COPSA**

COPSA  
210 149 53 00 13  
Av. Uruguay 1313, Mdeo.

Origen: CUCHILLA ALTA  
Destino: MONTEVIDEO TERMINAL TRES CRUCES

Fecha: viernes, 02 de mayo de 2020  
Hora: 13:37

Cochas: 1 Asiento: 0  
Guarda: 1096

Valor Pasaje: \$221.00  
Tasa: \$0.00

**Total: \$221.00**

Tipo Pasaje: CARNET 20%  
Documento: 556554  
Pasaj. Aut.  
Forma Pago: Efectivo  
Nro Boleto: 8024-3903  
Turno: 22072 LAGUNA GARZÓN - 10.45  
Fecha Emisión: 02/05/2025 13:37



"acá estoy"

"logré"

"destino final  
(por ahora)"

"no me fui"

examen  
20/03  
03/08  
17/06

amigas:  
-Emi  
-Alison  
-Paula  
-Sofia



Dos años después, abro la mochila y ahí sigue. **El mismo boleto.** Gastado. Marcado con flúo. Tiene una gota de lluvia seca que lo dejó rígido.

Es el testimonio de algo que no se puede digitalizar: **lo que costó llegar.**

**No lo voy a tirar.** Lo voy a pegar en la pared como se pegan los mapas de viaje.

Ese papel sabe de mí más que algunos docentes.

Sabe cuántas veces dudé. Cuántas veces pensé en volverme. Cuántas veces no entendí nada, pero igual fui.

Ahora, la facultad ya no me resulta ajena. Me sé los olores, las escaleras, los secretos para imprimir sin esperar.

**Me armé un lugar.**

Y si hoy alguien sube con el mismo miedo que yo tuve, quisiera decirle:

**«Guardá el boleto. Aunque no se lo muestres a nadie, guardalo. Un día, sin darte cuenta, vas a mirar atrás y vas a entender que eso también fue parte de la llegada».**

# MONTEVIDEANDO

2.º PREMIO

Romina Membredes

FACULTAD DE INGENIERÍA



Érase una vez, en una  
ciudad del interior de  
Uruguay, una niña,



una buena estudiante  
que disfrutaba ir a la  
escuela y las personas  
a su alrededor le decían  
cuán inteligente era.



Cuando terminó la escuela y comenzó el liceo, sus logros académicos crecieron junto con ella, cumpliendo las expectativas de los demás.



Tiempo después, esta niña pasó a ser una joven que se despidió de su familia y dejó su ciudad para mudarse a Montevideo.

La capital, a la cual llegó con muchas ilusiones, pronto no era tan mágica como esperaba, y el estar lejos de casa era más difícil de lo que creía.





Desde convivir con nuevas personas hasta estar al día con la facultad,

todas las tareas tenían un peso diferente al estar sola.



Esa gran estudiante que algún día había sido se sintió pequeña al reprobar su primera materia,

al ver a los demás avanzar sin ella.





Sintiéndose perdida, quiso volver a casa.

Pero lo pensó mucho, y no iba a rendirse tan fácil.



Entendió que había comenzado su adultez y estaba bien que las cosas no salieran según sus planes.

Empezó a salir más y conoció nuevas personas que compartían experiencias similares.



Buscó nuevos hobbies que le permitieran relajarse después de una larga jornada de estudio.



Y cada día lo disfrutó más y más en esta nueva etapa.

Por eso, para cada uno de ustedes, estudiantes, esta joven les envía un mensaje:

*La vida es más que estudiar y estudiar, disfruten de aprender y no se sofoquen cuando las cosas no van como lo planeaban, todo va a estar bien.*



# EN MI CASO

---

Santiago Corvacho

FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

COMIENZA EN SIGUIENTE PÁGINA

LA VIDA UNIVERSITARIA...  
SINCERAMENTE, SIENTO  
QUE TODOS LA GLORIFICAN  
Y A LA VEZ LA SATANIZAN.

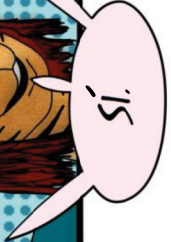
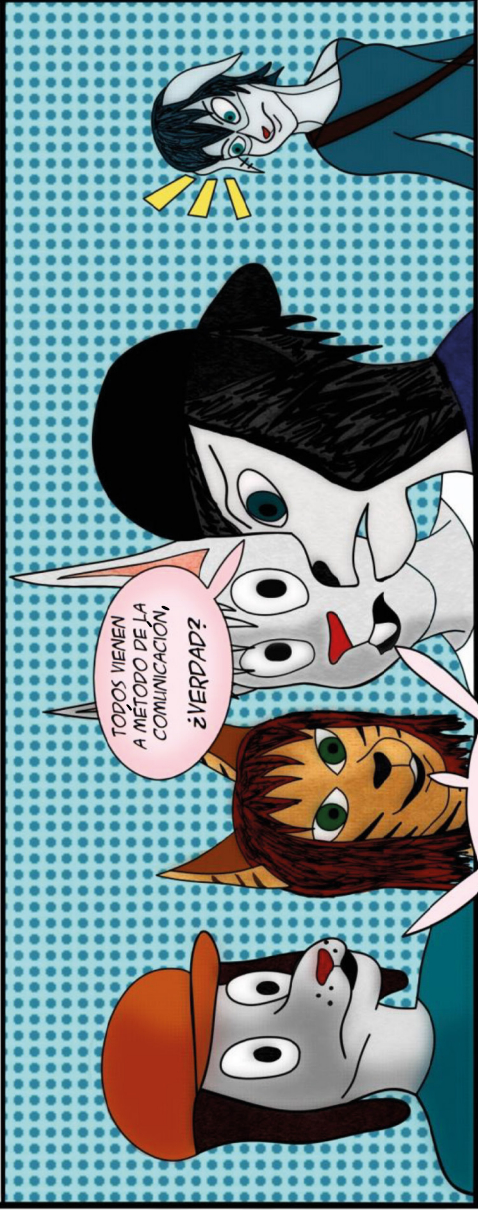
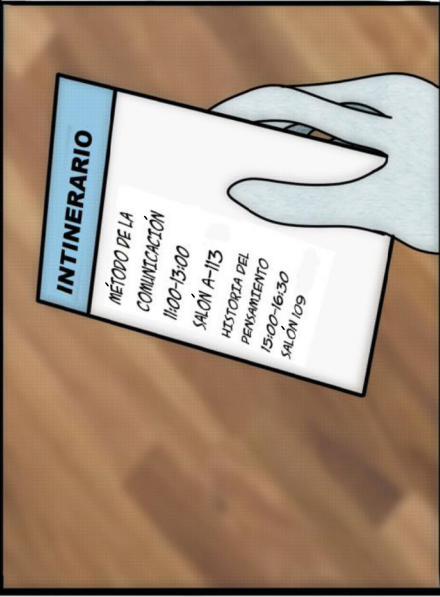
DIGO... O LO VES COMO  
UNA GRAN AVENTURA, O UN  
MARTIRIO LLENO DE  
LIBROS Y ESTRÉS.

# FACULTAD DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

PERO, LA VERDAD YO NO  
LO VEO ASÍ. AL MENOS  
NO EN MI CASO, NO  
PUEDEN ASUSTARME TAN  
FÁCIL. CONOZCO LA  
PALABRA «EXIGENCIA»  
MUY BIEN...

AUNQUE TAL VEZ ME  
EQUITIVOQUE.

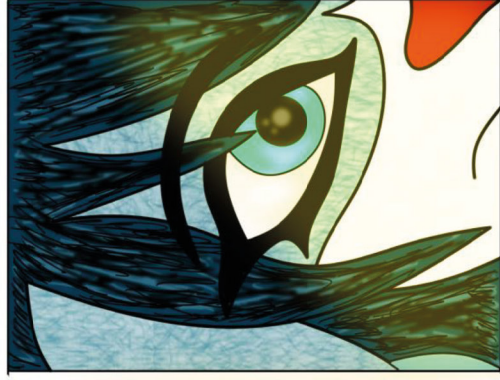












CLARO... AH, ¿CUÁNTAS  
VECES SE ESCUCHA ALGO  
ASÍ? PORQUE, EN MI  
CASO, «IRRESPONSABLE» «DISTRÁIDA»,  
«DESORGANIZADA», ESOS SON LOS  
NOMBRES CON LOS QUE LA ETIQUETAN A  
UNA POR LA MÍNIMA BAJA.

CONTRA TODO PRONÓSTICO, LA  
AUTORIDAD ALIENTA EL PROGRESO,  
PORQUE SIEMPRE LO MÁS FÁCIL ES  
CASTIGAR LO NEGATIVO...

COMO SI SUPIERAN DE LO QUE HABLAN.



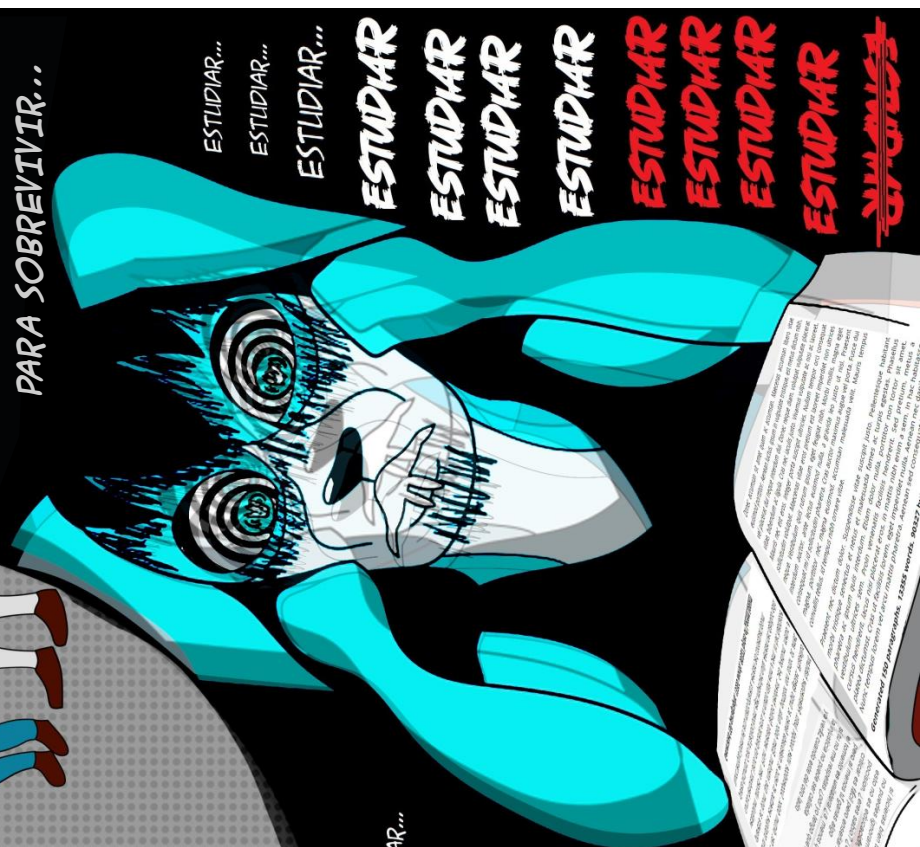
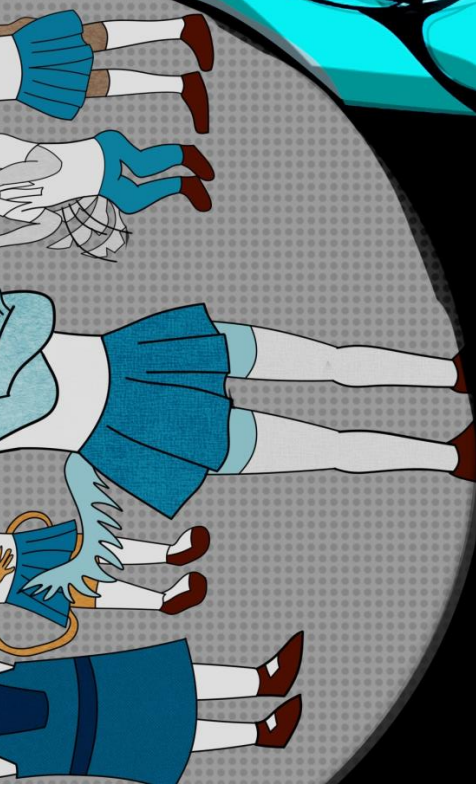
¿ES  
POSIBLE  
PEDIR  
PIEDAD A  
UN  
DOCENTE?  
¿ES MUCHO  
PEDIR ALGO  
DE RESPETO?

SI ME  
PREGUNTAS, NO  
HAY PEOR COSA EN

LA VIDA QUE LA  
ARROGANCIA DE LOS  
PROFESORES, TANTA  
DESIGUALDAD, TANTO ABUSO Y  
TANTA SOBERBIA.

PARECIERA COMO SI TAN  
SOLO EXISTIERAN PARA  
HACERLE LA VIDA DE

CHADRITOS A LINO. Y AL  
FINAL SOLO QUEDA  
RESIGNARSE CON TODO  
PARA SOBREVIVIR...



ESTUDIAR...  
ESTUDIAR...  
ESTUDIAR...

**ESTUDIAR**  
**ESTUDIAR**  
**ESTUDIAR**  
**ESTUDIAR**  
**ESTUDIAR**  
**ESTUDIAR**  
**ESTUDIAR**  
**ESTUDIAR**  
**ESTUDIAR**

ESTUDIAR...  
ESTUDIAR...  
ESTUDIAR...  
ESTUDIAR...  
ESTUDIAR...



EN MI CASO  
PACIENCIA SOBRA

EN MI CASO,  
PACIENCIA SOBRA.

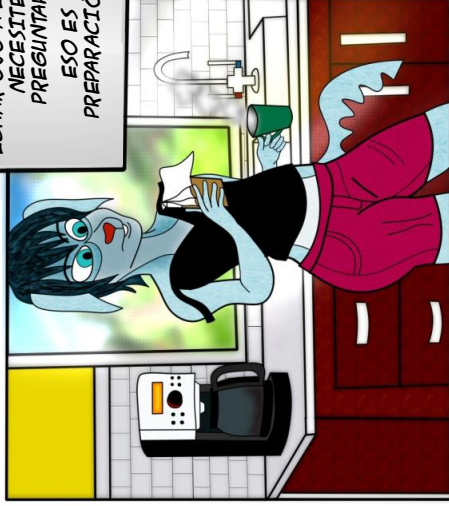
CUANDO SOBREVIVES A ESO,  
Y SIENDO ASÍ... LA  
VERDADERA BATALLA NO ES  
AQUÍ DENTRO  
EXACTAMENTE.

SI YA PROBASTE QUE  
PASASTE LO PEOR, ESTO ES  
UN NIVEL MÁS DEL  
VIDEOJUEGO. UNO EN  
QUE LA EXPERIENCIA TE  
HIZO APTO PARA SUPERAR  
CADA TRAMPA.

EN QUE CONOCES  
BIEN CADA  
MOVIMIENTO, SABES  
QUÉ ESPERAR Y EN  
DÓNDE. EN QUE TUS  
REFLEJOS Y PERSPECTIVA SE  
AJUSTARON A LA PERFECCIÓN,  
Y EN QUE CONFÍAS EN LA  
INERCIA Y LA EMOCIÓN.  
EN MI CASO, ESTÁ MÁS  
QUE CLARO.



V EN LAS MAÑANAS  
ECHAR OJO A LO QUE  
NECESITE  
PREGUNTAR.  
ESO ES  
PREPARACIÓN.



EN MI CASO, NO SOLO ES  
COSTUMBRE TOMAR  
NOTAS DE CADA CLASE,  
SINO REESCRIBIRLAS  
CON COHERENCIA Y  
LEERLAS CADA NOCHE  
HASTA MUY TARDE



EN  
MI CASO, LO HE  
HECHO BIEN Y ESTOY  
LISTA. PUEDO HACERLO,  
Y CUALQUIERA QUE  
CRUCE ESTA PUERTA  
TAMBIÉN PODRÁ.



FIN.

¡TÚ  
PUEDES



# LA HUELLA

Facundo Chollet

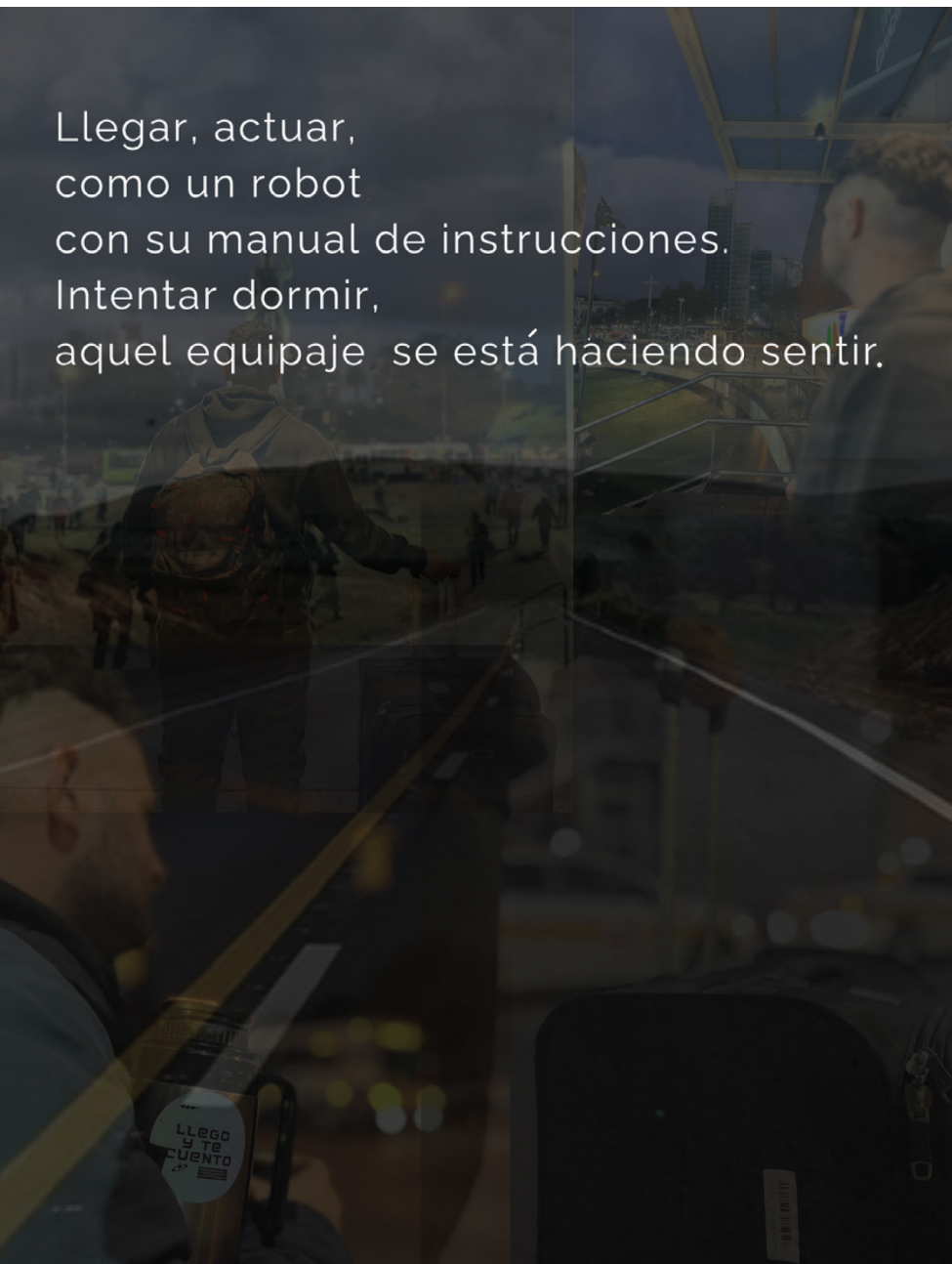
FACULTAD DE DERECHO

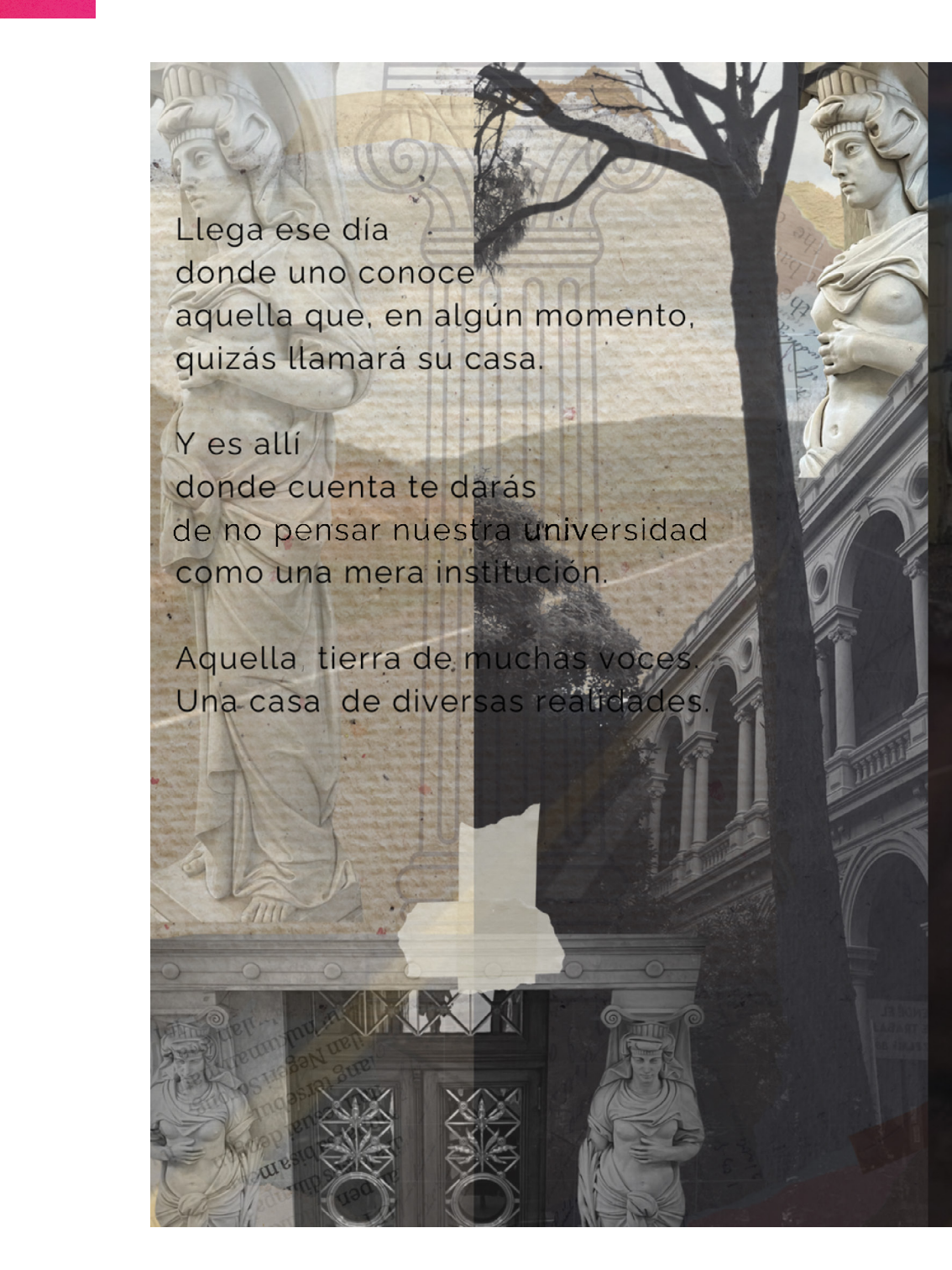
Lo sentimos, lo vemos,  
aun así, lo normalizamos.

Nos despedimos,  
vemos a nuestro alrededor.  
Tal vez aquellos  
actúen igual que yo.

Me voy con una maleta,  
más que llena de abrigo,  
llena de dudas, preguntas,  
tal vez, alguna respuesta.

Llegar, actuar,  
como un robot  
con su manual de instrucciones.  
Intentar dormir,  
aquel equipaje se está haciendo sentir.

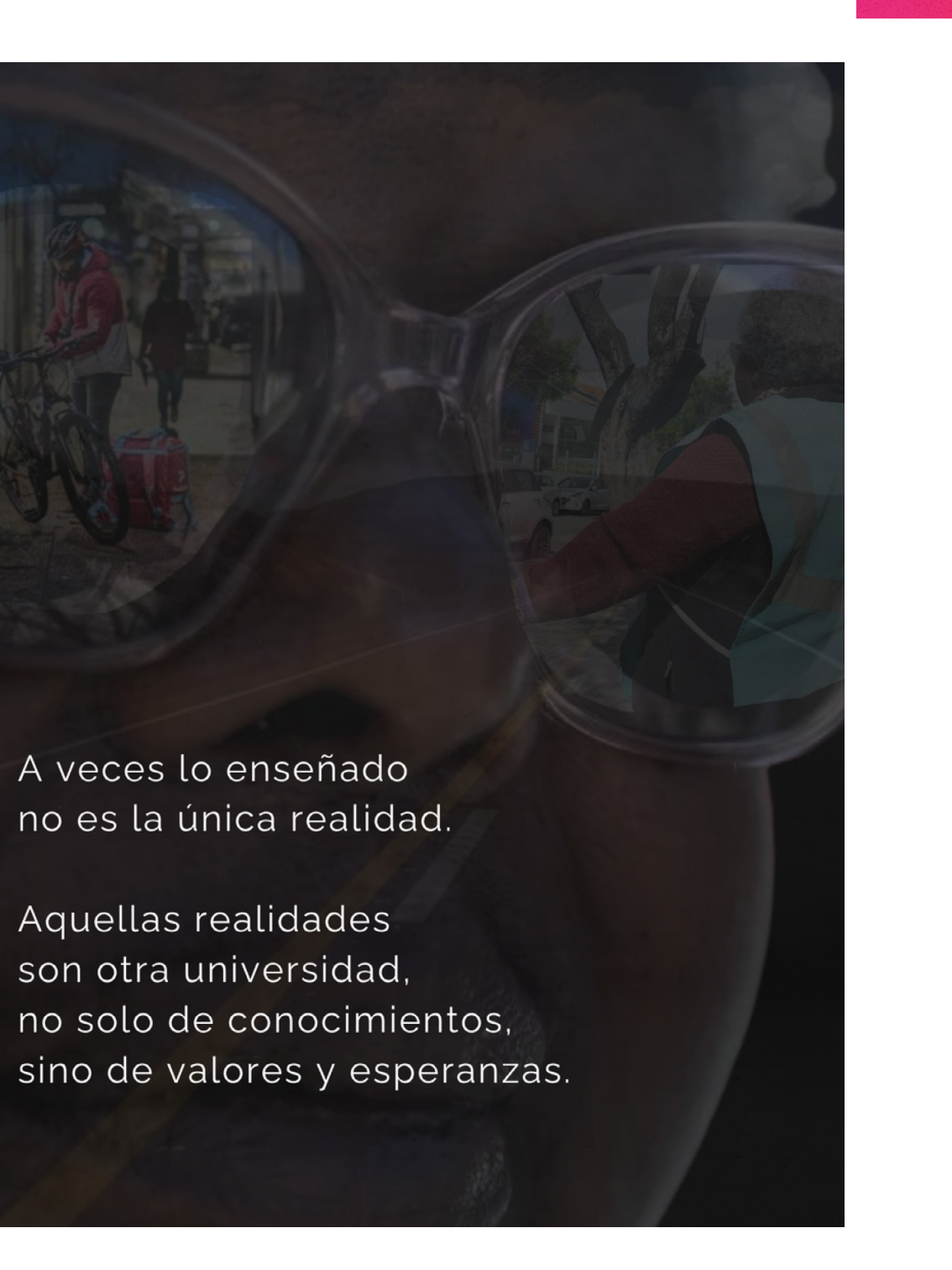


The background is a complex collage. It includes a large classical statue of a woman on the left, a dark silhouette of a tree in the center, and architectural details like columns and arches on the right. There are also faint, overlapping images of other statues and documents with text.

Llega ese día  
donde uno conoce  
aquella que, en algún momento,  
quizás llamará su casa.

Y es allí  
donde cuenta te darás  
de no pensar nuestra universidad  
como una mera institución.

Aquella tierra de muchas voces.  
Una casa de diversas realidades.



A veces lo enseñado  
no es la única realidad.

Aquellas realidades  
son otra universidad,  
no solo de conocimientos,  
sino de valores y esperanzas.

En el año 2016 la Universidad de la República (Udelar) comenzó a tener presencia en cárceles.

22 de noviembre de 2023

**Estudiantes de la Udelar**  
Aquella institución se replica,  
presos tienen en promedio  
con carencias y virtudes.

Genera oportunidades y  
36 años, eligen más  
otros pensares.  
carreras sociales y

Comparte experiencias, sentimientos,  
artísticas y el 22% son  
derriba muros,  
afrodescendientes.  
más allá de los propios muros.

Se inauguró un centro  
universitario en el Penal  
de Libertad, el cuarto en  
cárceles uruguayas

Convivencia

Privados de libertad de la  
unidad n.º 3 accederán a  
formación universitaria

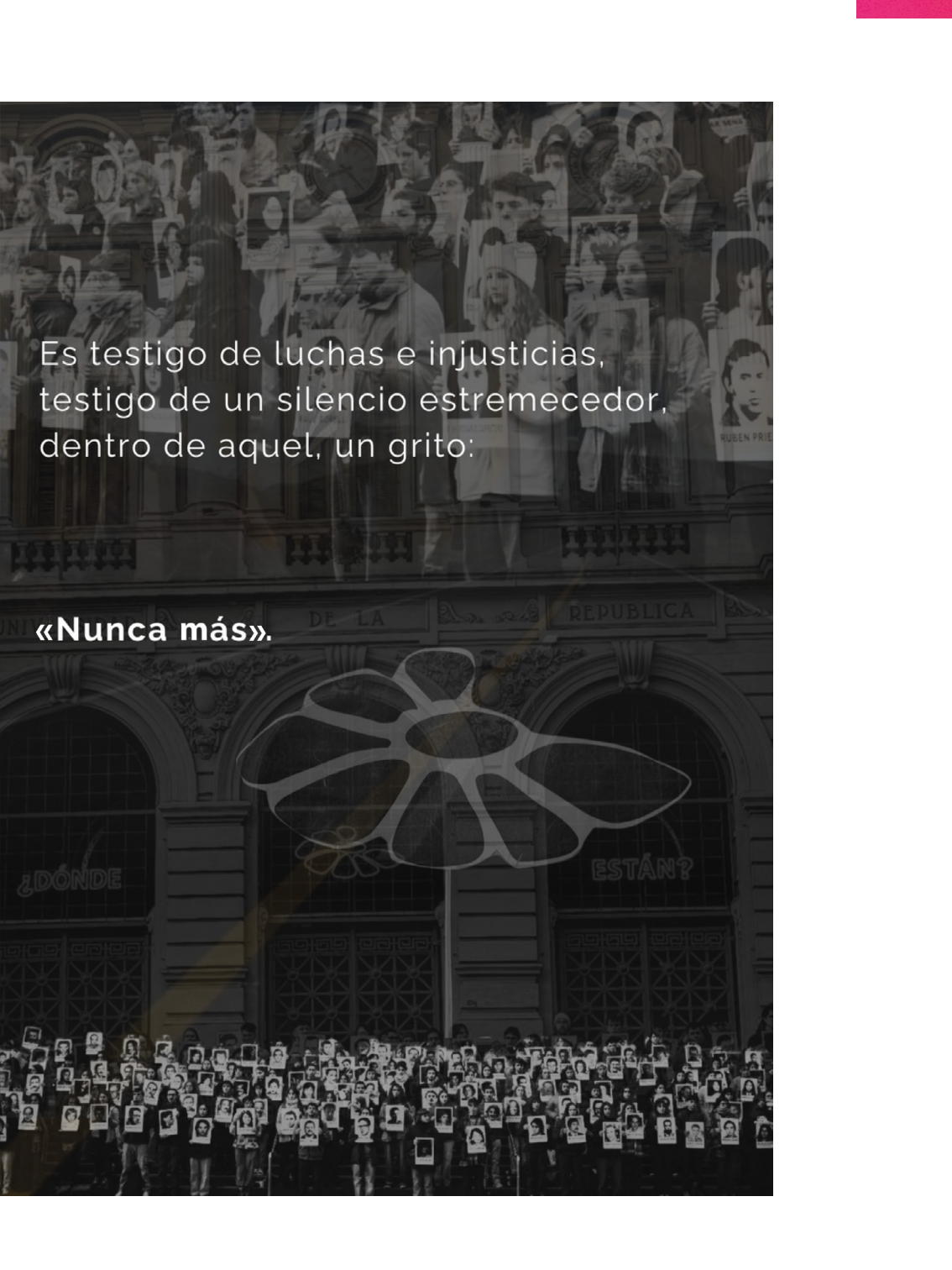
EL PAIS

11/04/2024

22 de noviembre de 2023

**Estudiantes de la Udelar**  
presos tienen en promedio  
36 años, eligen más  
carreras sociales y  
artísticas y el 22% son  
afrodescendientes

En el año 2016 la Universidad de la República (Udelar) comenzó a tener presencia en cárceles.



Es testigo de luchas e injusticias,  
testigo de un silencio estremecedor,  
dentro de aquel, un grito:

**«Nunca más».**

The background image is a dark, moody photograph of a university courtyard. It features classical architecture with multiple levels of arched windows and balconies. In the foreground, a large, dark plant with broad leaves is visible. The overall tone is somber and contemplative, with a dark sky and interior lighting creating a sense of depth and history.

Una universidad,  
un jardín de voces,  
un taller de identidades  
con sus lógicas y errores,  
aciertos y desaciertos.

Recorriendo, compartiendo,  
ante todo, quererla.  
En cada paso, aprender,

**en su alma,**



**la huella.**

